

LA FIESTA

TÍTULOS DE CRÉDITO

TÍTULO:

"LA FIESTA"

EDITA:

CAJA DE AHORROS DE NAVARRA

DATOS TÉCNICOS:

Este trabajo ha sido realizado con tres cámaras de formato 24 x 36 mm.
y películas Kodak Ektachrome Panther de 100-320-400 y 1.600 ASA.

FOTOCOMPOSICIÓN:

LARRAONA, S.L. PAMPLONA

FOTOMECÁNICA:

ZIUR S.L. PAMPLONA

IMPRESIÓN:

CASTUERA INDUSTRIAS GRAFICAS
TORRES DE ELORZ - NAVARRA

COLABORACIÓN EN LA PORTADA:

MARIANA BARTUREN

© CAJA DE AHORROS DE NAVARRA

ISBN: 84-87120-26-1

DEP. LEGAL: NA. 981-1996

LOS DERECHOS MORALES DEL FOTÓGRAFO Y AUTOR HAN QUEDADO ESTABLECIDOS.

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN, REGISTRO O TRANSMISIÓN TOTAL O PARCIAL DE LOS MATERIALES LITERARIOS Y GRÁFICOS DE ESTE LIBRO
POR CUALQUIER MEDIO MECÁNICO, FOTOQUÍMICO, ELECTRÓNICO, MAGNÉTICO O ELECTROÓPTICO, SIN EL PERMISO PREVIO Y ESCRITO
DE LA CAJA DE AHORROS DE NAVARRA.

LA FIESTA

ALBERTO SCHOMMER

TEXTOS: LA BRÚJULA DE LA FIESTA
FERNANDO PÉREZ OLLO



CAJA DE AHORROS DE NAVARRA

Prólogo

En 1921, cuando se funda la Caja de Ahorros de Navarra y se comienza a construir la actual Plaza de Toros, inaugurada un año después, los Sanfermines, eran los de una ciudad muy diferente a la actual. El censo de 1925 sumaba un total de 38.203 pamploneses: 20.013 mujeres y 18.190 varones. El nuevo coso taurino fue una de las primeras muestras de la voluntad urbanística que hizo volar buena parte de las murallas históricas e impulsó los ensanches de la ciudad. Abierta la Plaza del Castillo y trazada la Avenida de Carlos III el Noble, donde siempre se ha ubicado la sede social de la Caja, el primer obstáculo por despejar era el inmueble, construido en 1844, escenario de las corridas de toros y de los encierros de las fiestas. Y ahí está, a la vista de todos, la importancia que los Sanfermines y su acto más conocido tienen en la vida de la ciudad. Porque el trayecto del encierro hasta su tramo final es el mismo desde hace más de siglo y medio –y sigue en buena parte el conocido desde el siglo XVI– y el ensanche hubo de acoger en su primera manzana, a la izquierda de la Estafeta, lo que antes estaba a la derecha para concluir en la vieja plaza. En los tres cuartos de siglo corridos desde aquel 1921 Pamplona se ha desparado hacia las colinas orientales y por la meseta suroccidental, pero el trazado recuerda que hay un espacio secular e intocable, reservado para un acto público, breve y, según muchos, consustancial.

Don Julio Caro Baroja escribió en una obra imprescindible, su “Etnografía histórica de Navarra” publicada con ocasión de las Bodas de Oro de esta Caja, que cuando él era joven, en la tercera década del siglo, el encierro “gozaba de un gran prestigio popular. Pero entre la gente burguesa e ilustrada fuerza es decir que tenía bastantes detractores, incluso en el país. Pasaron los años y por un movimiento curioso de tipo literario y, aún más que literario, esteticista y aún casi filosófico (aunque sea de una Filosofía *sui generis*) el ‘encierro’ se ha convertido en algo famosísimo entre las juventudes europeas y americanas. Hemingway contribuyó de modo decisivo a esta popularidad. Pero Hemingway no ha sido más que

hábil transmisor de una voz y de una tendencia de muchos hombres de su generación y más aún de las posteriores, a buscar en la vida algo que la sociedad moderna de tipo industrial, mecanizada, ha proscrito en muchos órdenes. Resulta así que las violencias festivas de las viejas sociedades se descubren o redescubren como algo importante y que hasta se hacen ensayos e interpretaciones, más o menos pretenciosas, acerca de su significado más profundo”.

Las imágenes de este libro vienen a demostrar que la palabra del sabio antropólogo, navarro de raíz y vecindad, no han perdido un ápice de su serena exactitud. Las fotografías de Alberto Schommer, incluso cuando captan y transmiten la visión confusa y moviediza del mundo y de las personas que suele ser consecuencia de la fiesta vivida por dentro y no desde la acera, son una prueba bella de que esa búsqueda de la vida real sigue siendo para muchos una posibilidad y una brecha de lucidez en medio de la rutina cotidiana. Y para quienes no sienten esa necesidad, o la juzgan vana, o simplemente huyen de la fiesta porque no les va y prefieren las vacaciones a los Sanfermines, este libro tiene la fuerza plástica de los viejos recuerdos y la informativa de las novedades. Junto a los rasgos de los Sanfermines de siempre Schommer ha captado el aire de los tiempos en escena y momentos inimaginables hace unas décadas.

Para mí y para esta Caja de Ahorros de Navarra es un motivo de alegría singular, en el año conmemorativo de los tres cuartos de siglo de su fundación, sacar a la luz este libro que viene a subrayar lo inmutable y lo eventual de estas fiestas, espejo y escaparate, sin duda discutible y memorable, de esta tierra.

Lorenzo Riezu Artieda

Director General de la Caja de Ahorros de Navarra

Recordando

Suena el despertador lejos, como si fuese en otra habitación... y mientras lo piensas, el ruido está dentro de la cabeza, impertinente. Es mejor ignorarlo pero no hay forma, y te das cuenta con urgencia, que me esperan en media hora. ¡No es posible! Si me acaban de dejar, si acabo de acostarme, y no podré ni mirar, ni hablar.

Tomo el café casi sin poder tragarlo y deprisa salgo a la fresca brisa de las siete de la mañana, espabilándome sobre la marcha. Te vas introduciendo en el ruido, en el sordo murmullo, entre la gente, que marcha deprisa. Y siempre piensas: "Y a esta hora tanta gente, como en vigilia, como ausentes, mirando en sus sueños, esta realidad, casi irreal que viven"... Apretados, ansiosos, trepan a la valla o buscan un hueco entre las barras. Por el centro, en el camino de la carrera, como si fuese una escena de sueño, de ballet, andan, paseando, mirando, quietos, como en sutil o profunda reflexión por su atrevimiento; una masa joven de corredores dispuesta a la aventura que se han impuesto, como imprescindible ejercicio para vivir más verdad, más intensa la fiesta... porque es el único acto que requiere una voluntad; es lo único que en la fiesta requiere una férrea actitud de ir a pisar el pasillo por donde pasan los toros... y hacer lo que se pueda... el resto del día se vive con la máxima libertad personal. Y salen como una avalancha, como si se desbordase un río, como la marea comprimida pasando espumeante entre dos rocas... y corren, corren, buscando el auxilio angustioso de la salida, cualquier salida o el final de la plaza. Y se acerca como ruido de lejana tormenta un bramido sordo de pezuñas golpeando el suelo, ruido de estampida; una estampida negra, como sombras con cuernos que se acerca y se acerca y pasa como un relámpago flanqueada de estilizadas figuras que rozan el toro, incluso acarician la testuz, los acompañan un rato, y los dejan pasar.

El sol entra en la plaza como sin permiso, por arriba, mirón. Y la plaza abarrotada, juega al toro. Luego se vacía. Se queda sola, en su larga

espera de la mañana. Y nosotros nos vamos de las vallas, excitados todavía por la rápida visión entre sueño y realidad, sin saber muy bien los detalles. Con esa pasividad del espectador, pero intuyendo la tensión, la emoción de la carrera... el peligro, el juego, el toreo. Pero no hay más tiempo de reflexión; el chocolate con churros espera y ya casi los hueles. A tu alrededor grupos marchan, otros comienzan a bailar, en cadena, al compás de una orquesta de casino.

Un momento de paz, de reposo, que se agradece. El sol comienza a calentar y entre cabezadas, murmullos, tintineo de tazas, los habituales nos remansamos en la Plaza del Castillo. Yo definitivamente me despierto al ver delante de mí un típico norteamericano con su Stenton, fumándose un puro. Hago una entrañable foto recordando viejos tiempos. Con atención, vigilante, miro a mi alrededor. Es la hora de contemplar cómo el sol penetra como pidiendo permiso en la plaza, en los cafés, es como si se hubiese marchado de la plaza de toros para buscarnos aquí... el sol se va iniciando en la fiesta, es parte importante.

En el quiosko y su alrededor duermen muchos extranjeros, que en una noche han aprendido un nuevo ritmo de vivir un acontecimiento. La estética del sueño, sus actitudes pasivas, hay que reflejarlas para que después den la medida del trepidante ritmo y de la vigilia. Yo mismo vuelvo, después de recorrer las calles, entre niños y gigantes y cabezudos; bandas de música, ristras de ajos y parejas que se quieren, al café de la mañana y entre sorbo y sorbo de una cerveza, voy cabeceando acompañado por el compañero sol. Me avisan que despierte, que luego es peor. Un bombo con ritmo desabrido se va acercando y busco al intruso... pero no es Juan Carlos, de nuestra cuadrilla de los Arrapasarís que salía por las Fiestas de la Blanca, ni el del txistu es Jose Mari... estos son otros tiempos, me lo digo, aunque parece lo de siempre. ¡¡Estamos de acuerdo, la Fiesta es la Fiesta!! La charanga, la música, el ruido, gritos y cantos que se combinan

en una especial sensación de tiempo sin tiempo; los cuerpos casi todos de blanco y de extranjeros como jóvenes Hemingways que se emborrachan del alcohol ambiental.

Una comida como descanso del guerrero, acompañado siempre de Javier el gran conocedor de la fiesta y cuya familia, incluida su madre, son aristocracia en los Sanfermines. No hay siesta, no debe pasarse la vela... la siesta son solo pequeños segundos, acaso minutos de "cabeceo" con dulce murmullo lejano y siempre una voz atenta... "no te duermas..."

Antes de la corrida, como por la mañana es otro de los momentos para recordar: ¿Quiénes torear? ¡Ni se sabe! Si hay toros, que sí los hay, abrá toreros, y sol, y marcha, y nos olvidaremos del mundo. ¡Pero qué son los toros en los San Fermín para las cuadrillas del scis, sino olvidarse hasta de la vida: Es más, es sublimarse al nivel de comunicación suprainternet, sensualidad y humanidad un cúmulo de vivencias; desde la entrada en el tendido rodeados de rumor de "coliseo romano", con temperatura y clima casi materializado, que sube y te envuelve: aquí puede olvidarse la soledad, incluso la tristeza.

Recuerdo el momento que se aproxima, sentado en el bar emblemático de los "figura" del seis, cargados de cazuelas, botellas y mayordomos... que si no se ven, existen, dejarse llevar por el ambiente, sentirlo en la piel, dejando libre la imaginación, porque aquí sobra: ¡Vamos Alberto! y te llevan, vas, pero sientes que te llevan, casi ingrátido, salvo el pelmazo peso de las máquinas. La ida a los toros, haciendo fotografías por "simpatía" casi automáticamente; viviéndolo como algo tuyo, porque lo de los demás se hace propiedad de uno: la canción, el clarinete, la pancarta, el calor, las cazuelas, menos... la chavalita rubia que te grita; todo se hace personal y te llevan y entras como invitado por la puerta grande y no sales al ruedo de chiripa...

El seis está caldeándose, y te gritan, y te saludan y de entrada para refrescarte, recibes un sifonazo y seguidamente eres regado con cava y luego sin nadie proponérselo surge la lluvia de talco.

Irreconocible voy haciéndome conocible a base de un gorro que me colocan y toallitas por los hombros y otras para tapar las cámaras que estoy limpiando apresurado. De los toros casi no te acuerdas... la corrida según lees al día siguiente, no valió nada. Pero las cigalas pasaban delante de mi objetivo, y la broma, y los saltos y danzas, y la luz que se cubría con calima de puros y respiraciones de placer. Cuando bajas al ruedo ya estás consagrado y te llevan como bajo palios, cubierto por pancartas. En un bar como puesto de socorro, recalán y te presentan al Cali, a Porretas, Pepe y alguno más que son los amos. Ya quisiera poder llevar su porte, su ropa, su desaguio cultural-festivo. Empieza la vuelta entre saltos, empu-

jones, cantos, bota que pasa, saludos y fotografías. Hay momentos en que no sé si soy fotógrafo o fotografiado; mi aspecto no es muy respetable que se diga y debo provocar inspiraciones artísticas. Javier más comedido y vigilante me dirige. Hubiese bebido del embudo pero no me dejó... por peligrar las máquinas. Es un buen chico y yo, ya bastante gamberro, me "iría" al monte. ¡Que no se diga! Hay que terminar en un bar tranquilo, bueno, como si dijésemos, y charlamos con unas inglesas bebidas, pero majas. Y unos de Vitoria se acercan a saludarme y.... todo es magnífico.

Las fotografías se hacen solas, yo casi no hago nada. Y la luz va suavizándose y el atardecer nos envuelve y te hace sentirte bien: como después de la aventura, como deben encontrarse los toreros.

La fiesta se vive los nueve días intensamente sin apenas descansar como un torbellino. No es el alcohol el que te mantiene, tú eres el soporte el que mantienes el alcohol, que por otro lado ya se ha reciclado en bienestar, marcha, es decir, en alegría. ¡La Fiesta! Hay que vivirla, porque si la miras, es como una teleserie de la televisión, que pasa... y luego, qué. La fiesta es además el recuerdo de la Fiesta que viene el próximo año y el "pobre de mí" es un ligero engaño, porque en realidad todos saben que se está preparando el nuevo San Fermín.

Y llega la noche sin saber que ha llegado y cenas a gusto, recreándote en la suerte, saboreando cada plato, gozándolo como si fuera la primera cena. Y se hacen planes, tan sencillos, y vas por las calles como pascando, tropezándote con desconocidos que te saludan... y chicas que te jalean y te sientes en casa, pero como si la casa fuese una fiesta.

Pamplona es una fiesta cada minuto y por eso no puede desaprovecharse el tiempo. Cuando un borracho se baja los pantalones y te enseña el culo, rápidamente le haces una foto; lo mismo a las niñas que lo están viendo... y les dices a ellas, que no es un culo que es una flor. Lo haces porque todo debe ser bello, y lo cutre pasa por la vicaría y se purifica.

Y claro, llegan las tres de la mañana, y uno que ya ve doble por lo de la fotografía, empieza a verlo todo cuádruple... y es peligroso, cariñosamente peligroso. Javier y yo decidimos retirarnos, cuando en ciertos ambientes empieza una renovada fiesta. Despacio, como sin demostrarlo, nos deslizamos contra corriente hasta su casa él y yo al hotel. Miro el pantalón que era blanco y la camisa y sonrío; y el pañuelo y la faja, como en viejos tiempos. Y antes de tumbarme oigo lejano el bombo que hoy ya me anuncia otro día lleno de alegría, libertad sin compromiso... salvo divertirse.

Alberto Schommer
26 de Mayo 1996

Agradecimientos:

Lorenzo Riezu

Arturo Navallas

Javier Fermín Navarro

por su gran colaboración para
conseguir realizar esta obra.

«A todos los que buscan la alegría
en las fiestas de San Fermín».

A. Schommer

La brújula de la fiesta

Alberto Schommer vino, fotografió y vivió los Sanfermines de 1995. Las ciento sesenta y tres imágenes de este libro transmiten la fiesta desde dentro. Hay una fotografía del autor en el tendido de sol, como un mozo de peña, vaso en alto, encarado con el objetivo, que viene a ser la prueba definitiva: Schommer no se mantuvo al margen, se metió en la guerra festiva, como los corresponsales bélicos se mueven por las trincheras. Hace un año no era académico de Bellas Artes, ahora sí y acaso sea el único que puede hablar con conocimiento, sin faramalla teórica, de la estética ruda, vinaria y colectiva posible en los ocho días que van del seis al catorce de julio.

Schommer no ha hecho una crónica de las fiestas de Pamplona. Ni de las de 1995 ni de las fiestas en sí, al menos si por crónica entendemos lo que debemos entender: la narración de los hechos ocurridos y conocidos desde el cohete de la víspera al rito fúnebre de la despedida. En 1995 hubo un muerto en el encierro, Matthew Peter Tasio, un ingeniero eléctrico que vino a Pamplona para vivir veinticuatro horas lo que Hemingway, su paisano de Illinois, había descubierto hace casi tres cuartos de siglo. Esa muerte no aparece, porque Schommer no estaba allí y el fotógrafo ha preparado su libro. El será el primero en decir que no intenta ni mejorar ni arrumbar cien años de fotografías locales, con cuyas placas podría hacerse una historia de estas fiestas sobria e irrefutable. La de Schommer es otra mirada y otra creación. Kafka pensó en 1921, a propósito de un artilugio exhibido en Praga, según leemos en sus conversaciones con Gustav Janouch, que "la fotografía concentra nuestra mirada en la superficie y por esta causa enturbia la vida oculta que asoma a través de los contornos de las cosas como un juego de luces y sombras. Esa vida oculta no se puede captar con las lentes más penetrantes. Hay que buscarla a tientas con el sentimiento". Cartier-Bresson definía su Leica como "la extensión de mis ojos. Desde que la hallé, nunca me he separado de ella. Daba vueltas por

las calles todo el día, merodeando, tenso y preparado para atrapar la vida, decidido a preservar la vida en el acto de vivir. Y ante todo, tenía el ansia de apresar en los límites de una fotografía toda la esencia de alguna situación que estuviera desarrollándose ante mí". Estas planchas de Schommer, y acaso su trabajo en conjunto, los retratos que le han dado fama merecida y las visiones internas de ciudades y gentes, le hacen respetar la opinión de Kafka y a la vez le sitúan en la estela de Cartier-Bresson. Schommer ha querido dar idea cabal, no sólo imágenes, de la fiesta.

Esa fiesta son los Sanfermines, las fiestas de Pamplona que en origen celebraban a un santo de la ciudad, antiguo, obispo y mártir. Fermín era hijo de Firmo y de Eugenia y hermano de Fausto y Eusebia. Corrían los primeros siglos de nuestra era. Los autores no precisan: para unos, serían los tiempos apostólicos; para otros, los últimos años del siglo III o primeros del IV, días de los emperadores Claudio o Diocleciano. Firmo era senador en Pompeiópolis, ciudad cuyo nombre se debería a que Pompeyo fijó su campamento en la meseta abrazada por el río Arga, en medio de un amplio circo rodeado de montañas. A Pompeiópolis llegó Honesto, enviado por Saturnino, obispo de Toulouse. Honesto predicó la fe de Cristo y tocó el corazón de Firmo. Luego Saturnino camina hasta Pompeiópolis y gana para el cristianismo a Firmo, Eugenia y sus tres hijos. Fermín se hace sacerdote. Después, ya obispo, parte a las Galias, donde desarrolla una amplia tarea evangelizadora. En Amiens recibe el martirio un 25 de septiembre.

De toda esa biografía no hay una sola prueba y los historiadores no tienen mucha dificultad en resumirla con un trazo. "Por desgracia, la leyenda de San Fermín no es más que una composición tardía y totalmente desprovista de veracidad. Sin embargo, conoció un gran éxito", ha dicho José Goñi Gaztambide, el más eminente de los historiadores eclesiásticos de esta tierra.

Un éxito secular, porque a este obispo y paisano legendario los pamploneses le han tenido notable afición desde hace mucho. A finales del siglo XII se hicieron con una reliquia y su fiesta la celebran como obligatoria desde el año 1301, fechas muy posteriores a la del hallazgo de sus reliquias en Amiens, capital de Picardía, ocurrido el 615. No deja de llamar la atención que los pícaros buscasen para un mártir de su ciudad un origen traspirenaico.

La historia de San Fermín no es tal y nadie ha demostrado que existiera. Es más, resulta contradictoria en sus elementos. Baste recordar que la cristianización de Vasconia es muy posterior. ¿Y qué? Al menos la leyenda de San Fermín tiene doce o trece siglos, mientras que la de Aitor apenas cuenta uno y medio y no luce más fundamento que la mala traducción francesa de una expresión vasca, y nadie se lleva las manos a la cabeza por oír que a un niño le han cristianado con ese nombre sin raíces ni historia. Fermín, Firminus en latín, las puede aducir.

San Fermín pertenece al mundo de las ideas y de representaciones, al imaginario común de pamploneses y navarros, como otros nombres, legendarios o históricos, de alcance improbable. "Así se hace la historia", le resumía Voltaire a madame Du Deffand. Así se ha hecho y se seguirá labrando el imaginario popular, donde San Fermín es tan personaje de carne y hueso como Teodosio de Goñi, el palaciano del siglo VIII, parricida y penitente en Aralar, al que le tentaba el dragón infernal y salvó el trance gracias a San Miguel, o el pajarillo incansable que mantuvo fuera del tiempo durante siglos a Virila, abad de Leire.

Ahora corre cierta moda de sonreír ante biografías como la de San Fermín, cuentecillos dorados, propios de la edad infantil de los pueblos. A nosotros, tan mayores e hijos de una etnia tan vieja y preeuropea o, si me apuran, pretereuropea, con esas consejas. José María Romera acotó el terreno con justas palabras: "Así que, atención, descreídos, gentuza que duda de la autenticidad de estas entrañables devociones, gañanes que no creen en Dios ni en la madre que los visitó, atención, que aquí se toleran muchas cosas (...), pero cuidado con esas risitas, esas muecas de sorna y choteo al paso del desfile procesional, esa falta de respeto al brillante palmarés de San Fermín; aquí se consiente mucho, pero ojo en materias de culto, al Santo no me lo toquen, no me toquen al Santo, que me enciendo."

El santo es uno de los puntos cardinales de la fiesta. San Fermín, sucio de humo más que moreno, recibe el día 6 por la tarde la visita oficial de la Ciudad. Son las Vísperas. El Ayuntamiento ya acudía a la ce-

remonia el año 1487. Ahora no es el primer número de las fiestas. El programa se abre a las doce en punto del mediodía con el chupinazo, que hace medio siglo decíamos cohete. La potencia de la pólvora será ahora mayor que entonces, pero en pirotecnia un chupinazo no es un cohete. Bueno, da igual. El Chupinazo lo disparan desde el balcón principal del Ayuntamiento. La Plaza Consistorial, más que un espacio, es una masa compacta, blanca de vestuario, roja de pañuelos y fajas, espumosa de vino gascado y sacudida por un grito: ¡San Fermín! ¡San Fermín! Ese cohete rasga el tiempo y parte el año en dos períodos, el antes y el después de la fiesta. El cohete que se eleva sobre la plaza y estalla sobre la ciudad abre un tiempo distinto en el tiempo de Pamplona, una semana mágica en el calendario. En la Plaza Consistorial el 6 de julio descorchamos la fiesta, que tiene añadidas buenas y excelentes y también alguna que otra avinagrada, corta de grado o lamentable de regusto.

La Marcha a Vísperas, por lo que sabemos, siempre ha sido multitudinaria. Desde la tercera década de este siglo, la Marcha a Vísperas es el Riau-Riau, grito añadido a las frases de un vals compuesto por Miguel Astráin Remón. Astráin es un músico pamplonés oscuro en una época de grandes figuras: Sarasate, Gayerre, Eslava, Guelbenzu, Arrieta, Gaztambide, Zabalza, Larregla. Tan oscuro y local, que hasta hace poco no mereció ni biografía ni un rótulo en el callejero de su ciudad, quizá porque no se dedicó al violín y o al piano, a la música de iglesia o de teatro, instrumentos y géneros de mucho lustre, sino al cornetín, al clarinete y a las pequeñas bandas de aficionados y aprendices que animaban la alegría callejera en las festividades ciudadanas. Además fue carlista. Alguien ha dicho que era músico muy dotado y que habría llegado lejos, si hubiera cursado los estudios pertinentes. Suena a opinión respetable, pero no pasa de melonada de tertulia. Astráin murió en 1895, a los cuarenta y cinco de edad, sin conocer el éxito de aquella partitura, "La alegría de San Fermín", que no nos ha llegado autógrafa, sino por mano ajena. Se ha dicho que es una jota y a la vez un ramalazo vienés. Qué va, hombre, para nada, lo que hace el hablar por hablar.

El Riau-Riau, el grito, lo prohibió un bando municipal en 1922. Luego llegó un breve alcalde, Joaquín Iñarra, que asomó al zaguán del Ayuntamiento con el frac y chistera negros, la pechera blanca y el grito en los labios. Aquel alcalde duró nueve meses, pero merece un recuerdo agradecido, porque entendió su papel. El Riau-Riau exige que los mozos frenen la marcha de la Corporación municipal, bien arreada, hasta la capilla de San Fermín. Frenar quiere decir impedir el desfile, congelarlo de modo que los ediles no tienen más remedio que confraternizar con los vecinos y apcar su seriedad y sudar la primera tarde de fiestas en la calle. No es peaje muy alto para quienes van a vivir el resto de la semana de mesa en

mesa gratuita. De "convite", como proclaman los palcos de honor en la Maestranza. Bueno, algo así debió de pensar el alcalde Iñarra, que era un buen pamplonés. El Ríau-Ríau no está en este libro, porque es un número sanferminero suprimido estos últimos años. Para eso invocan el orden público, concepto chusco en fiestas. Habremos ganado en comodidades de vida, en dinero y hasta en derechos e igualdad social, porque los cargos públicos ya no son monopolio de unos apellidos, quién lo duda, pero a veces parece que, si los sanfermines dependiesen de los poderosos, con más mando que dotes de gobierno, no duraban un cuatrienio. Y San Fermín opera milagros surtidos, pero nadie le pide que la emprenda a baculazos con quien se carga el Ríau-Ríau. Qué cosa tan rara, de verdad.

El santo está en la tarde de vísperas y en dos números: la procesión del día 7 y la Octava el 14. La procesión del 7 ocupa toda la mañana con un ritual añejo y prolijo, cuya sutileza ha escapado a algún jefe de protocolo. Sucede que San Fermín, aunque parece mentira, no es patrono de Pamplona. Así, como suena, no es el Patrono celestial de esta ciudad. El patrono es Saturnino, aquel obispo de Toulouse que vino y bautizó a Fermín y a toda su familia con el agua de un pozo abierto junto a un terebinto y al bosque de Diana. El pozo, quiere la tradición que sea el "Pocico", cuyo brocal vemos señalado hoy por una placa metálica frente a la iglesia de San Cernin, nombre franco del burgo franco de Pamplona, es decir Saturnino.

Fermín no es el Patrono y su día no figura en la lista de no recuperables. Fermín es Patrono de la diócesis de Pamplona y lo fue del Reino de Navarra, a una con Francisco de Javier, que ahora es patrono de Navarra en exclusiva, o sea que su fiesta sí es no recuperable. Todo este lío tiene sus consecuencias, porque en ocasiones ha encendido las hostilidades entre el cabildo catedralicio y el capítulo civil, que alguna vez llegaron a organizar cultos distintos e incluso a arrear estopa.

Sale el santo a la calle en su paseo anual por las viejas rúas de la ciudad histórica, visita la Población de San Nicolás y el Burgo de San Cernin y, entre una y otra, pasa frente a la Casa Consistorial. Fuera del recorrido queda la Navarrería, solar original del núcleo romano, la única ciudad de Navarra hace siete siglos, feudo del obispo y tercero de los bloques urbanos de la Pamplona unida por Carlos III, el rey Noble, en 1423.

La procesión es un cortejo solemne, alegre y abigarrado. La clerecía va de blanco con estola roja, que, vista de espaldas, semeja el pañuelo simbólico de las fiestas; la autoridad eclesiástica que preside, precedida por la cruz catedralicia, de capa pluvial dorada. Es una procesión que no lo parece. La abren los gigantes, con los cabezudos y kilikis y caballitos, los

zaldiko-maldikos. Después van los gremios con sus pendones, flores y espigas granadas; los mozos de peñas y las asociaciones religiosas; el Ayuntamiento y la música. Ahora la procesión echa a la calle tal vez más público que el encierro, y además gente de casa, pamploneses que quieren volver a sentir las emociones infantiles o vivencias lejanas, cuando el niño, valga el caso, iba a Casa Azagra, en la Zapatería, a comprar, a cumplir el encargo de su madre, llegaba la procesión, las gaitas, los kilikis, se olvidaba del encargo y corría con el cortejo, y las gentes salían de la tienda a la acera, veían al santo y volvían al mostrador y compraban su menucel, la especia o el bacalao, la sal o el azúcar, y el niño volvía sudoroso y con la respiración asustada por los vejigazos aleves y pedía, a veces ya ni recordaba qué tenía que comprar. El día de San Fermín el comercio de alimentación, entonces ultramarinos, abría y en las aceras había pocos espectadores. El alcalde Colmenares firmó hace un siglo un bando en que invita "al vecindario a que adorne con colgaduras los balcones y ventanas, y cierre las puertas de las tiendas al pasar la procesión".

En tres décadas la procesión se ha convertido en un espectáculo ritual, masivo y lento. La imagen se detiene muchas veces, le cantan jotas y zortzikos, le cuelgan pañuelos rojos y le cubren de flores y ramilletes.

Es una mañana sin quehacer, de ir de aquí para allí, de ver el cortejo del Ayuntamiento que va a la catedral a buscar al Cabildo, de ir juntos hasta la capilla de San Fermín en la parroquia de San Lorenzo, de presenciar la procesión en una o varias de las calles por las que pasa el desfile, y, luego, esperar a que termine la misa y ver cómo el Ayuntamiento acompaña otra vez al Cabildo hasta la Catedral y, al fin, el regreso de la Ciudad a la Casa Consistorial. Y todo eso, con los gigantes, las gaitas, los txistus y la banda de música, que no paran, y la chiquillería que no deja de gritar y la muchedumbre que exuda alegría y fraternidad y cumplidos incumplibles: "A ver si quedamos una noche y cenamos antes de que acaben las fiestas".

La mañana ha perdido un número glorioso. Durante décadas, en el retorno de la catedral al Ayuntamiento, el abanderado cedía el pendón verde de la ciudad al alcalde, y las dos borlas de la enseña pasaban a manos de los gobernadores civil y militar. Entonces la banda atacaba un bonito cantable, de "El asombro de Damasco", que explicaba:

"Ahí va Alí Mon,
ahí va el cadí,
lo único bueno
de entre la turba
de funcionarios
que existe aquí".

Los gobernadores no existen y la burocracia no va a menos y Ali Mon no suele ser lo único bueno, y menos en la mañana de San Fermín.

Perdido el número del cadí, ha surgido otro, que no está en el programa, pero lleva camino. Todo se andará. La culminación de la jornada ritual de San Fermín estalla cuando la comitiva de canónigos papiroyos y ediles embutidos en el frac llegan a la catedral. Las campanas atruenan, en especial la “María”, que suma doce toneladas de bronce abiertas en una boca de dos metros y medio de diámetro; las gaitas se vuelven más chillonas y dominantes que nunca; los txistus apenas se insinúan; la banda se hace oír; el órgano ataca el Himno de las Cortes de Navarra, no se sabe bien por qué lógica oculta; el griterío y la masa sonora superan la Sinfonía de los Mil, la “Octava” de Mahler. El cortejo oficial va hasta la sacristía de canónigos y se despiden civiles y eclesiásticos, mientras fuera, en la plaza enrejada, sigue la bulla al sol de las dos de la tarde, que son mediodía. La mejor manera de gozar esa locura de colores, de sonidos, de luz y ruido es entrar en la catedral y ver desde la sombra la explosión exterior como una fotografía imposible guillotizada por el rectángulo de la puerta mayor, bajo el rosetón abierto en el hastial que protege el atrio neoclásico. Es una visión inolvidable y una amalgama estentórea, tan cortas que han dado en llamarle “el momentico”. Yo lo describí dos o tres años seguidos, hace más de veinticinco, y José María Iribarren me advirtió: “Te arrepentirás, como me arrepiento yo de haber escrito de la procesión, porque ahora ha cambiado tanto que no la veo”. Entonces estábamos en los últimos bancos de la nave, de espaldas al altar y cara a la puerta, apenas media docena de curiosos. Ahora dicen que aquello es la guerra, no lo sé. Y además el nombre me parece un poco bobo.

Y llegados aquí, aún no sabemos por qué la fiesta de San Fermín, que cayó decapitado el 25 de septiembre de no consta qué año de qué siglo, se celebra precisamente el séptimo día del séptimo mes del año. Alguien pensará que se trata de demostrar la verdad de esa copla festiva cuyos ocho versos van del uno de enero al 7 de julio, San Fermín. Pero tal pasacalle es de este siglo y la fiesta se celebra en esas fechas desde hace cuatro.

Pamplona honraba a Fermín el 10 de octubre, día de la entrada del obispo pamplonés en Amiens. En 1590 el Ayuntamiento de Pamplona pidió al prelado local que trasladase las fiestas a julio, por ser más cómodo. El obispo Bernardo Rojas y Sandoval aceptó la petición y ordenó que en adelante las fiestas de San Fermín fuesen el 7 de julio. Hay que añadir que para entonces, por gracia real de 1381, la capital de Navarra gozaba de ferias públicas desde el día de San Pedro hasta el 18 de julio. Es decir, ha-

ce cuatro siglos se juntaron las ferias y las fiestas y tal fórmula rueda de año en año por el programa oficial.

En octubre los días son cortos, las noches largas y en las calles trajinan y humean los castañeros. No son tiempos y estación propicios para meterse en juerga. Los otoños suelen ser bonancibles, pero no son época de fiestas. Y el equinoccio suele estar pasado por agua. Una vez, un periódico local informó de que el día de San Fermín de Aldapa, 25 de septiembre, aquel año no había habido equinoccio. Quería decir que no había llovido. Por el contrario, la segunda semana de julio es, doblado ya el solsticio de verano y el cabo de las tormentas que acompañan la sampedrada, un tiempo de cielos serenos, sin agobios caniculares, tardes lentas y atardeceres perezosos en que los tilos imponen la fragancia de la floración y los vencejos viven las horas más vocingleras: llegaron en los primeros días de mayo y se irán apenas pasado Santiago, cumplida la estancia nupcial. La mañana de San Fermín es la más luminosa del año, la más alta, cerúlea y alegre o así lo parece a quienes no se la quieren perder y sueñan con ella a lo largo del año. Y si, además de soñarla, no han dormido la noche anterior, si han empalmado la fiesta de la tarde del 6 con la del 7, tanta luz y tanto jolgorio y tanta bulla emborrachan en seco.

Sabemos qué obispo fijó la festividad de San Fermín el 7 de julio, pero no quién le insinuó la fecha a su ilustrísima. Acaso hubo alguien que observó, estudió y apuntó año a año qué días eran los más convenientes para esta celebración al aire libre, para ganar la noche sin necesidad de ponerse a cubierto, para sacar a pasear al santo sin que las pelucas y dalmáticas sean una cabina portátil de sauna, para vivir una tarde de toros al sol sin terminar convertido en cecina. Algún pamplonés debió de consumir horas en observar los cielos, el sol, el aire y las avecicas migrantes y concluyó que no había semana más a propósito que ésta, la segunda de julio.

Los Sanfermines son una fiesta de cosecha, ahora más que nunca, con los panes ya segados y recogidos antes del cohete del 6. Esta es una fiesta de estío y de estío rural en muchos de sus rasgos, pero tal definición, por muy exacta que sea, no ilumina una sombra: quién fue el desconocido vecino a quien debemos este calendario, el paisano al que debería levantarse un monumento de visita obligada. Nunca lo sabremos. Tal vez, porque la causa oculta del cambio de fechas que llevó a San Fermín de octubre a julio no fue sólo el tiempo otoñal.

Mediado el siglo XVIII, el prior de la catedral, Fermín de Lubián, redactó un informe para los bolandistas, autores de un compendio hagiográfico riguroso para su tiempo. Lubián explica el traslado de la fiesta de San Fermín de octubre a julio, pero no se limita a poner por escrito la razón oficial. Lubián era pamplonés y con cierta vergüenza añade otra ex-

plicación. La ferocidad española, y especialmente de los pamploneses, hace que no haya fiesta ni santo de pro cuya celebración no cuente con un buen espectáculo taurino y cuanto más bravos y feroces sean los toros, mayor será el santo, más alto su puesto en el cielo y más lucida y pujante su solemnidad, según opina el vulgo fiel. Y da la casualidad, decía Lubián, de que los toros están más hechos y cuajados y demuestran más bravura y fuerza en julio. De donde nosotros podemos concluir que, si es cierto el razonamiento de nuestros antecesores pamploneses, gracias a los toros en julio San Fermín escaló varios puestos en el santoral. Lubián no olvidaba las ferias seculares y concluía que esa mezcla de mercadeo, brutalidad festiva y devoción por fuerza tenía que desagradar a San Fermín.

No lo sabemos, pero, sea verdad o no, de la mano del santo hemos llegado a otro punto cardinal de la fiesta: el toro.

Decir Sanfermines es decir toros. Mejor aún, es hablar del toro como símbolo, eje y resumen de las fiestas. Toro por la mañana, a mediodía, por la tarde, a la llegada de la noche. Toro como anticipo, como antagonista, como anuncio de la fiesta, espectáculo, misterio, ingrediente de recetas de cocina. Toro como tótem, fetiche genesiaco, logotipo turístico y silueta de identificación gentilicia.

Aunque parezca mentira, no siempre ha sido así. En el último tercio del siglo pasado la prensa de Pamplona ofrece surtidas muestras antitaurinas y, si a aquellos pamploneses se les hubiera adelantado lo que después se ha dicho y escrito sobre el culto táurico de la ciudad, que es casi una hipóstasis oficial, habrían muerto de la sorpresa. "Si éste es el espectáculo nacional, si esta diversión puede producir sustos como los que hemos recibido en estos días al ver colgados tres hombres de las astas del toro, protestamos del espectáculo y protestamos de la diversión", escribía un periódico después de los Sanfermines de 1878.

Hoy es difícil imaginar unas fiestas en Pamplona sin toros, y de todos los números taurinos el distintivo es el encierro. En 1876, recién acabada la carlistada, corrió el rumor de que el Ayuntamiento había decidido suspender la "entrada" de los toros, como entonces se llamaba la operación matinal de llevar los toros desde fuerapuestas a la plaza. Era un despropósito, porque "después de muchos días de luto, vamos a divertirnos por primera vez" y más si se trata de ofrecer "un espectáculo gratuito al pueblo que no puede permitirse otra clase de diversión" y hacía que "las calles de la población, en los días de corrida, estuvieran animadas desde muy temprano". El periódico ironizaba con cierta simpleza. "A fin de evitar una desgracia, no habrá entradas a las seis de la mañana. Efectiva-

mente, un toro puede causar una desgracia, decimos mal, muchas desgracias; figurémonos un padre con siete hijos pequeños, su mujer impedida y su suegra con un genio del demonio; figurémonos que este hombre va a trabajar a las seis de la mañana a la calle de Pellejería y le ocurre pasar por la bajada de Santo Domingo en ocasión en que están soltando los toros para conducirlos a la plaza, y uno de ellos se adelanta y le mete las dos astas por el corazón. A los dos días se muere la suegra de berrinche por no tener a quien regañar y a los seis meses los siete hijos y la madre de necesidad, ¡qué horror! Figurémonos que el toro, después de haber muerto al infeliz y pacífico trabajador, llega a la calle Mercaderes y coge a un señor muy rico y en el acto le deja cadáver. Este señor, si el toro no le hubiera matado, hubiera fundado una escuela, un hospital y hubiera puesto un tióvivo gratis para los chicos: ¡qué lástima! Figurémonos que el toro sigue su carrera y en el momento mismo de llegar a la bajada de San Agustín, la barrera que cierra la bocacalle se rompe y el toro sale a la plaza del Castillo y coge a un vendedor de La Correspondencia, a cuatro soldados, cinco niñas, al corresponsal de un periódico y a una perra de caza. En el paseo de Valencia estropea a un hombre y le tira un cajón en cuya cubierta se lee frágil. El toro sale por la puerta de Taconera y se va al campo, donde lo mata una pareja de guardia civil. ¿Quién nos asegurará a nosotros que no puede suceder todo esto? No estamos conformes tampoco con las corridas de toros, que además que pueden ocasionar desgracias, son una diversión bárbara y en nuestro concepto deben suprimirse, sustituyéndolas por otras más inocentes, como cucañas, tióvivos, cosmoramas, etc. Después de lo manifestado, nos alegramos que no haya entradas y sentimos que haya corridas, por más que el vecindario no piense de esta manera". Y un lector escribió para exponer que el 85 por ciento de los espectadores del encierro eran foranos, gentes de los pueblos cercanos, unos siete mil, que después se quedaban a pasar el día y gastaban una peseta. En cuatro días, veintiocho mil pesetas y "es muy extraño que a un Ayuntamiento que se compone casi en su totalidad de comerciantes no se les haya ocurrido hacer un cálculo tan sencillo".

El 1 de julio, a seis días del primero, los ediles acordaron que el encierro tuviera lugar según la costumbre. "Esta resolución no puede menos de merecer el aplauso general, pues la circunstancias por que atravesamos después de la última guerra civil y después del mucho tiempo que hace que no hemos tenido corridas, no son lo más a propósito para privar a aquella parte del vecindario y de los forasteros que concurren a las ferias de esta diversión gratuita y que tal vez sea de la única que disfrutan".

El encierro es, según definía el Espasa, "el acto de conducir los toros desde el campo a las plazas, para encerrarlos en los corrales. El ga-

nado suele ir a la carrera (...). En Pamplona constituye todavía una gran diversión". El encierro consiste en eso, nadie va a negarlo, pero no es un mero traslado de las reses a la plaza donde serán lidiadas. Es el reconocimiento popular de los toros que se lidiarán por la tarde, cuatreños de hierros cotizados, toros reglamentarios que ya han superado el reconocimiento oficial. Animal de vida regalada y aristocrática, bovino artificial, producto de diseño, programado para un espectáculo de veinte minutos, el toro vive en manada y en espacios abiertos y muere después de una lucha solitaria y cerrada. El toro llega del silencio mágico –nadie habla ante él en campo abierto– y de pronto conoce lo que nunca ha visto: piso de adoquines y asfalto, calles estrechas, ruidos increíbles y unos seres bípedos incomparables con quienes le han criado, cuidado y observado desde que era un tierno becerro. Miles de desconocidos que corren a su lado y delante, mar de espaldas que él y sus hermanos de camada, asustados y confundidos, tajan y cruzan en dos minutos. Ochocientos veinticinco metros de locura para héroes anónimos y algunos figuras que se creen superiores, preterhumanos, sobre todo si tienen delante una cámara o un micro, y merecen la rechifla general más la admiración de cuatro necios. Los buenos corredores de encierro han tenido siempre en Pamplona una aureola de admiración viril; la secta de los llamados "divinos" concita menosprecio. Acaso porque, según las reglas tácitas del encierro, los toros son individuos sagrados, numéricos, y los corredores no: los corredores forman un sujeto colectivo, un coro sin solistas ni voces discordadas, sin gallos presuntuosos y vanos, o sea sin tenores "di primo cartellone".

Ochocientos veinticinco metros tensos, dramáticos y lívidos, de esfuerzo nervioso y de alegría transcendente. No habrá en el mundo una carrera tan breve con más literatura, más logomaquia, más graforrea, más presunción y más mentira. Porque usted oirá lo contrario, pero no ha nacido y tardará en nacer quien cubra entera esa distancia ante las astas, quien la salve a cuerpo limpio, sin codazos y empujones, quien termine con el corazón aceleradamente sosegado. Pocos hablan del miedo cordial, de la cuerna, de los tropezones innobles, de los resoplidos negrozainos en los riñones, del ruido cárdeno de las pezuñas, de la sorpresa mortal cuando uno se encuentra la cabezota y la mirada líquida del toro a dos palmos. Pocos hablan y menos aún reconocen la taquicardia y el soponcio y el causón y las pesadillas.

Luego llegan los expertos y hablan muy convencidos de la terapia de grupo, de la autoestima, de Eleusis, del Minotauro y la vivencia sagrada del laberinto, mientras otros ponderan los beneficios incalculables de este correrón para el animal, que relaja los músculos y libera adrenalina y once horas después asoma por el toril más guapo y seguro de sus fuerzas. "En Pamplona, los toros se caen menos", sentencian. Y otros: "El encierro es una lidia, con reglas y suertes, igual que las que tiene el toreo de Pepe-Illó".

Mucho decir es eso, oiga, y usted perdone. Qué tendrá que ver el duelo con la guerra nuclear. Un corredor notable en su tiempo, pamplonés que vio la luz en la calle Curia y recuerda encierros de antes de Hemingway, acota esas explicaciones con una palabra: "Tonterías, lo que hay que oír".

Y es que el encierro, espectáculo y diversión de gente de alpargata, se convirtió en acto de afirmación personal y étnica. Ganó prestigio, porque "al que no corre los toros / por la calle la Estafeta / le mandan a hacer calceta / por ser un mal pamplonés", y los corredores se hicieron masa, de lo que culpan a los fotógrafos y luego a la televisión. Ahora es número multitudinario, más peligroso acaso por los contrincantes que por las astas. Es milagroso que no pase nada, resumen los viejos aficionados y los curiosos de buena voluntad. El milagro se atribuía antes al báculo protector y ahora a la capa pluvial, episcopal y roja, que semeja un capotillo de lujo, de San Fermín. Los mozos le invocan antes del cohete que desde 1881 indica la salida de los toros. Hay mozos románticos. Pero en estos tiempos nuestros, además del capotillo, muchos reclaman la obligatoriedad de un seguro. Con el encierro no ha podido hasta ahora nadie, pero podrá la póliza de responsabilidad civil. Sea quien sea el organizador responsable.

Los toros llegan a la plaza que el próximo año celebrará las bodas de diamante. Suena un cohete, como en 1881, para que lo sepa toda la ciudad. Entran en corrales. Sube el tercer cohete. La ciudad respira y algunos comienzan a trabajar de firme para que la corrida de la Feria del Toro salga conforme a lo previsto y anunciado, con los seis cuatreños uno detrás de otro, esos seis toros que ven por última vez a los bueyes y recuperan la respiración y serenar los ijares bajo las ramas tupidas de los últimos árboles de su vida, junto a su último abrevadero.

Doblado el mediodía, allá sobre los corrales, se vive el sorteo y apartado. Los toros entran en capilla, o sea en chiqueros, individuales, oscuros y definitivos. Es el postrer trámite civil, trabajo para las cuadrillas de los diestros y excrecencia social de la fiesta, escaparate de guapas y guapos y de quienes creen serlo a pesar de la naturaleza. Cuentan que allí se consumen muchas criadillas de ternera, logro inverosímil de la genética, y que aficionados del Ebro se empeñan en hablar andaluz, porque sostienen una copa de fino que acaso sueñan venenciada.

Y llegan, a las cuatro y media del sol, los toros. La música, los caballeros en plaza y mulilleros cruzan las calles desde el Ayuntamiento al coso. Y en el coso la corrida tiene cánones propios. José Luis López Pinillos, "Parmeno", troqueló en una de sus novelas taurinas, "Las águilas (De la vida del torero)" publicada en 1911, tres modelos de plaza y de festejo.

"Parmeno", sevillano, tenía entonces treinta y seis años. La crítica coincide en calificar "Las águilas" como la mejor novela taurina, tal vez porque acierta a reflejar el mundo oscuro de una fiesta enceguedida de luz. En "Las águilas" hay tres plazas que son tres mundos: Sevilla, Madrid y una del Norte que "Parmeno" bautiza Selvática. Estamos en Selvática y no es extraño que le pareciera así a un sevillano del Novecientos. Tampoco hay que perder la calma, si le parece lo mismo a un trianero de hoy. Cada plaza tiene su forma de ver y de hacer la fiesta, sin dejar de aplicar el mismo reglamento básico.

El caso es que el ciclo taurino de San Fermín es la Feria del Toro. Una feria que anuncia con más de seis meses de antelación las divisas, y sólo las divisas que acudirán a Pamplona en julio. No hay otra plaza que lo haga así. Y el toro de Pamplona es grande, enorme, alto de cruz y ambicioso de cabeza, léase de cuernos. Los aficionados hondos lamentan ese gusto reduccionista, que cierra la puerta a sangres ilustres y encastes irreprochables, pero las cosas son como son y además, en el conjunto de los espectadores, los aficionados de verdad son pocos, tan escasos que es imposible montar una corrida fuera de Sanfermines.

En la plaza, la sombra es pasiva, lenta e inerte, acaso porque en buena parte está más atenta al sol que al ruedo. Y el sol fue, sin duda, la razón de que "Parmeno" bautizase como bautizó a la ciudad. El sol es la reserva de los mozos de las Peñas, más atentos a las hazañas de Induráin o de la Copa de Europa que a los toreros del grupo especial. ¿Cuántos saben cómo se ejecuta una navarra o una gaonera, qué es una chicuelina y qué una media verónica o si el de frente y por detrás es lance de capa o de muleta? ¿Cuántos son capaces de apreciar la diferencia que va de una estocada tendida a una caída y no digamos ya sutilezas como la del verdadero significado de templar, que no es torear lento? Y sin embargo, y pese a quienes presumen de pagar la entrada para dar la espalda al ruedo o simplemente para merendar y refocilarse en el pasillo exterior, los tendidos de sol hunden y consagran famas, vibran cuando un diestro comunica y nunca han tragado un toreo falso y hueco. Podrá decirse que prefieren las faenas temerarias a las depuradas, que su entusiasmo ha sido desmesurado con éste o aquél, que no saborean más arte que el desplante y el pase con truco y ventaja. No es cierto, pero aunque lo fuera, al sol, glotón, sucio y molesto, no se le podrá acusar de haber aupado a un diestro medroso y apocado; tosco, horro de arte y corto de gracia, quizá, pero presa del canguelo, no.

Y conviene almohadillar otra inexactitud: no son las de sol las únicas localidades en las que se bebe y merienda. Allí llegan cubos de bebidas y hielo -arrojadizo, ay, por desgracia-, cargas de vituallas y aun tartas nupciales, pero el resto de la plaza no se aburre en huelga de maxilares. En la sombra encontramos exquisitos que acarrear champagne y copas de pla-

ta, magras regias, chipirones negriespesos y vinos de reservas fastuosas.

Cuando termina el espectáculo, la limpieza lleva horas y los camiones cargan toneladas de basura. Las peñas desfilan después de los toros y llenan de música las venas de la ciudad.

La calle, el tercer punto cardinal. El santo y el toro son imprescindibles desde el punto de vista histórico y antropológico. Pero uno puede vivir la fiesta maravillosa, indeleble para siempre, sin enterarse de Fermín ni del "bóvido furibundo", que decía alguien. Sin pisar la calle, ya es más difícil, porque ésta de Pamplona es una fiesta de calle, también cuando tiene lugar a cubierto, como el Baile de la Alpargata, después del encierro, en los salones románticos, lujosos de madera, lámparas y espejos de fondo infinito, del Nuevo Casino. Hoy, como demuestra Schommer, el Nuevo Casino sigue sirviendo el chocolate en taza y no en inestables vasitos plásticos, pero más que alpargatas vemos calzado deportivo.

En la calle hay música, encuentros imprevistos, planes improvisados y sin rumbo, las barracas del ferial, profesionales o políticas, los puestos, más o menos móviles por ilegales, de salchichas, las verbenas, los fuegos, los jardines y parterres arrasados ya el día 6 a las doce del mediodía. También, y muy pronto, en la calle se goza de una alta concentración de ácido úrico. La calle es escenario y espectáculo, porque para fiestas domésticas y familiares ya tenemos el solsticio de Navidad.

En la calle lo mejor que puede hacerse es seguir no digo todos los días, pero sí uno al menos la comparsa de gigantes, cabezudos y demás monstruos entrañables. Sus ojos gigantes son para los pamploneses los más guapos, más señoriales y mejor bailados del mundo, sin duda porque reencontrarse con ellos y con los kilikis es recobrar esos instantes grabados en la memoria, la imagen de los padres o los abuelos en los que uno buscaba refugio protector ante la amenaza de un ser enorme y vesánico, y también las primeras lecciones prácticas para la vida. Hay que aprender a sofaldar las verdades aparatosas y verles el armazón y saber quién las mueve y por qué y valorar su gravedad triunfante. Hay que fijarse en quién asoma y nos mira por la boca de algunas cabezas de cartón. Hace cien años justos, el 6 de julio, un pamplonés dedicaba a su hijo los ochenta y cinco octosílabos de un poema, "Los gigantes de Pamplona". Se llamaba Fiacro Iráizoz, había nacido en la calle Estafeta, tenía treinta y seis años y fue autor de comedias y libretos, entre éstos "Lola Montes", "Al cantar de la jota" y "La roncalesa", y quien lanzó la idea de un monumento a los Fueros.

Las dos primeras estrofas dicen:

“¿Oyes las notas vibrantes
de esa gaita tan chillona?
Pues espera unos instantes
que vas a ver los gigantes...
los gigantes de Pamplona.
Recuerdo que en mi niñez,
alegre más de una vez
delante de ellos corrí.
“Con qué osada timidez
les gritaba: ¡A..quí! ¡A..quí!”

Algún quinto de Iráizoz pudo hacerle la observación de que esos versos le traicionaban la memoria. Los gigantones nacieron el mismo año que el poeta, 1860, y el grito del “¡A..quí, kilikikí, con el palo no, con la verga sí!”, que, como se ve, es viejo, no pudo aprenderlo con los cabezudos de 1896, que apenas llevaban cinco sanfermines por las calles. Los kilikis son obra de un pintor pamplonés, Félix Flores Logier (1843-1921). Los gigantes, que en acción alcanzan los 4,20 metros de altura, los hizo Tadeo Amorena Gil. Amorena y Flores eran pamploneses, de San Nicolás, como Sarasate. De Amorena sabemos que nació en 1819, pero no cuándo y dónde falleció. Quizá vive todavía y desapareció de este mundo, arrebatado por el carro de la fiesta, como Elías por el de fuego, o por el capote de San Fermín o por las almas agradecidas de quienes sólo conocieron el mundo como sortilegio de gigantes, cabezudos y kilikis.

Las cuatro últimas quintillas de Iráizoz son:

“Ya acabaron de pasar.
Ya se alejan tan gentiles
bailando a todo bailar
esa danza popular
de gaitas y tamboriles.
¿Quieres seguirles? ¡Corriente!
Si eso te ha de divertir,
corre alegre entre la gente,
pero ten siempre presente
lo que te voy a decir...
Sé humilde tu vida entera.
huye siempre de un encuentro
con esa gente altanera
que va mostrando por fuera
lo que no tiene por dentro,
y piensa que hay mil farsantes

de apariencia fanfarrona,
muy soberbios, muy boyantes...
¡y son como los gigantes,
los gigantes de Pamplona!”

Ese texto es muy apropiado para abrir un catecismo cívico o una antología de lecturas recomendadas para niños, en bella e ilustrada edición municipal o autonómica. No lo harán, no. En 1881, en la Marcha a Vísperas, un gigante cayó y se destrozó las narices. “Como veis –escribió Nicanor Espoz, periodista y director de “El Eco de Navarra”– también los gigantes caen. Avisadlo a los alcaldes de los pueblos, a los gobernadores de provincia y a los ricos soberbios de todas partes. Decidles que miren bien dónde pisan; que una pequeña china derribó una inmensa mole de cartón la víspera de San Fermín.”

Y llegamos a la cuarta flecha de la brújula. La orgía. El desenfreno. El exceso. Carnaval, Pantagruel, San Estruendo, San Panzudo, Dionisos y Afrodita, Baco y Venus, ninguna de las Gracias, alguna de las Musas, la sinrazón, el sinhorario, el sinlímite, la unión indisoluble de los contrarios. La libertad individual, ruidosa e insolente. Es lo que queda, si quitamos el santo, el toro y las fiestas callejeras. “Una mezcla de brutalidad y de refinamiento verdaderamente absurda”, definió Baroja. El estómago revuelto, la suciedad zafia y la blancura impecable, los ochocientos metros del encierro en dos minutos y los cuatrocientos del Riau-Riau en más de cuatro horas, el vals compulsivo a brincos y la ofrenda floral infantil. “Ciudad sin ley”, dijeron hace años. “Bulls, sex, sand and sangria”, anunciaba una agencia británica esta primavera y prometía correr el encierro “with Pamplona experts”. Así será, si así nos ven, aunque nosotros digamos que el encierro no se parece en nada al rodeo.

Estas fotos perpetúan imágenes de un año y permiten dedicar unos minutos a los Sanfermines eternos y a los de cada año, a la columna vertebral de la fiesta y a su realidad cambiante. Ya Durkheim estableció que todas las fiestas del mundo coinciden en dos rasgos: el carácter ceremonial y la alegría. Ahora parece claro que las fiestas tradicionales, de raíz rural y agrícola, van a menos en nuestras sociedades urbanizadas, y que las ciudades no las conocen tal como eran. La fiesta no es el ocio, ni el fin de semana, ni las vacaciones. Aquí nadie confundirá nunca esos conceptos, porque también hay miles de vecinos, que huyen de las fiestas para gozar, dicen, de vacaciones.

La fiesta refleja una sociedad impregnada de valores colectivos y religiosos; exige un tiempo ritual, de fecha fija, expresión de sucesos naturales, como las estaciones o las cosechas, o sociales, incluidas las leyendas, y permite al individuo lo que durante el resto del año tiene prohibido. El año es, en la concepción tradicional, una unidad circular y las cuatro estaciones vienen a expresar las cuatro fases de la existencia, niñez, juventud, plenitud talluda y vejez. Así, la fiesta es un tiempo fuera del tiempo y por eso tiene como primera consecuencia la permisividad. "No hay fiesta sin crueldad", dijo Nietzsche. La fiesta es un hojaldre, un milhojas en el sentido pamplonés, que no es el botánico. Para unos lo importante es la capa de los espectáculos taurinos, para otros las de la orgía, la música o los gigantes. Pero comer un hojaldre por capas no tiene mucho sentido. Las fiestas, la fiesta, es distinta según la edad y el humor, el cuerpo y el ánimo, el bolsillo y el talante. Y de ahí arranca una de las discusiones más tediosas de los Sanfermines: si han cambiado o no, si son mejores o peores, si van a más o a menos.

Vieja cuestión. En 1920 un periodista de treinta años concluía que ya no había mozos y que los Sanfermines habían perdido espontaneidad fraterna para caer en el señoritismo. Antes de nacer aquel observador, ya en 1884 añoraban el pasado: "¡Qué fiestas las de 1840! ¡Qué animación, qué alegría por todas partes! Aquello eran corridas. Hoy todo degenera; ni por las venas de los toros ni por las venas de los hombres circula la sangre que corría allá en la primera mitad del siglo. ¡Y cuánta razón tienen hablando, generalmente, los que así hablan!".

Vieja cuestión y monserga vieja. En 1918 Jesús Etayo, director de "El Pensamiento Navarro", dibujó una larga cambiada insuperable: "Fueron y son siempre el colmo del bullicio. Conservan el mismo sello de alegría franca, fuerte, que antaño; sólo en cosas accidentales han variado." Ahí queda eso. A ver quién lo supera. Si usted oye que los Sanfermines buenos eran los de hace medio siglo o los de 1900, diga que sí, que es evidente, que salta a la vista la edad del que habla. A los veinte años nadie

está para tales sutilezas metafísicas. Cuando uno puede beber la fiesta a caño libre y no protesta el hígado, y bailarla a la pata coja sin necesitar una artroscopia, no piensa que la fiesta es como la de sus padres y abuelos, no: lo sabe por propia experiencia, porque la fiesta es diferente para cada generación, incluso dispar, pero no distinta ni diversa. "Un perro y un gato son animales de distinta especie, de diferente figura y de diversas inclinaciones", resumió López de la Huerta. Así que, si usted se da de bruces con un esencialista que intenta abrasarle con la retahíla de que la fiesta ya no es lo que era, etcétera, páguele un vaso con banderilla, déle la espalda y huya, que para estrujar la fiesta es imprescindible guardar la cabeza en su sitio y perderla a conciencia.

Huya de los definidores, de los castas, de los típicos, de los etnofundamentalistas, de los vigías de la raza y de las costumbres arcádicas, de los que beben y sudan ideología; de los que presumen de estar en el secreto exclusivo de los Sanfermines y del encierro y de la procesión, de la vida y de la felicidad; de los virtuosos chulubiteros; de los que alardean de conocer el figón con el mejor estofado, de los puristas y de los pelmas. Sobre todo, de los pelmas. De los pelmas, ni siquiera los vivalavirgen, porque le amargarán esta semana de la fiesta y la memoria de las cincuenta y una que le separan del próximo 6 de julio.

Y, si lo necesita, reviva la fiesta y avive el seso con estas imágenes. Richard Avedon confesaba que prefería trabajar en su estudio, porque "tengo la sensación de que vienen (las personas) a fotografiarse tal como si acudieran a un médico o a un adivino: para descubrir cómo son. Así que dependen de mí y tengo que comprometerlas. Si no, la fotografía no ofrece atractivo". Aquí Schommer ha hecho de la calle un estudio y la gente, aunque aparezca sola, no está aislada. Quizá por eso los rostros y los gestos son símbolos de la fiesta.

Fernando Pérez Ollo



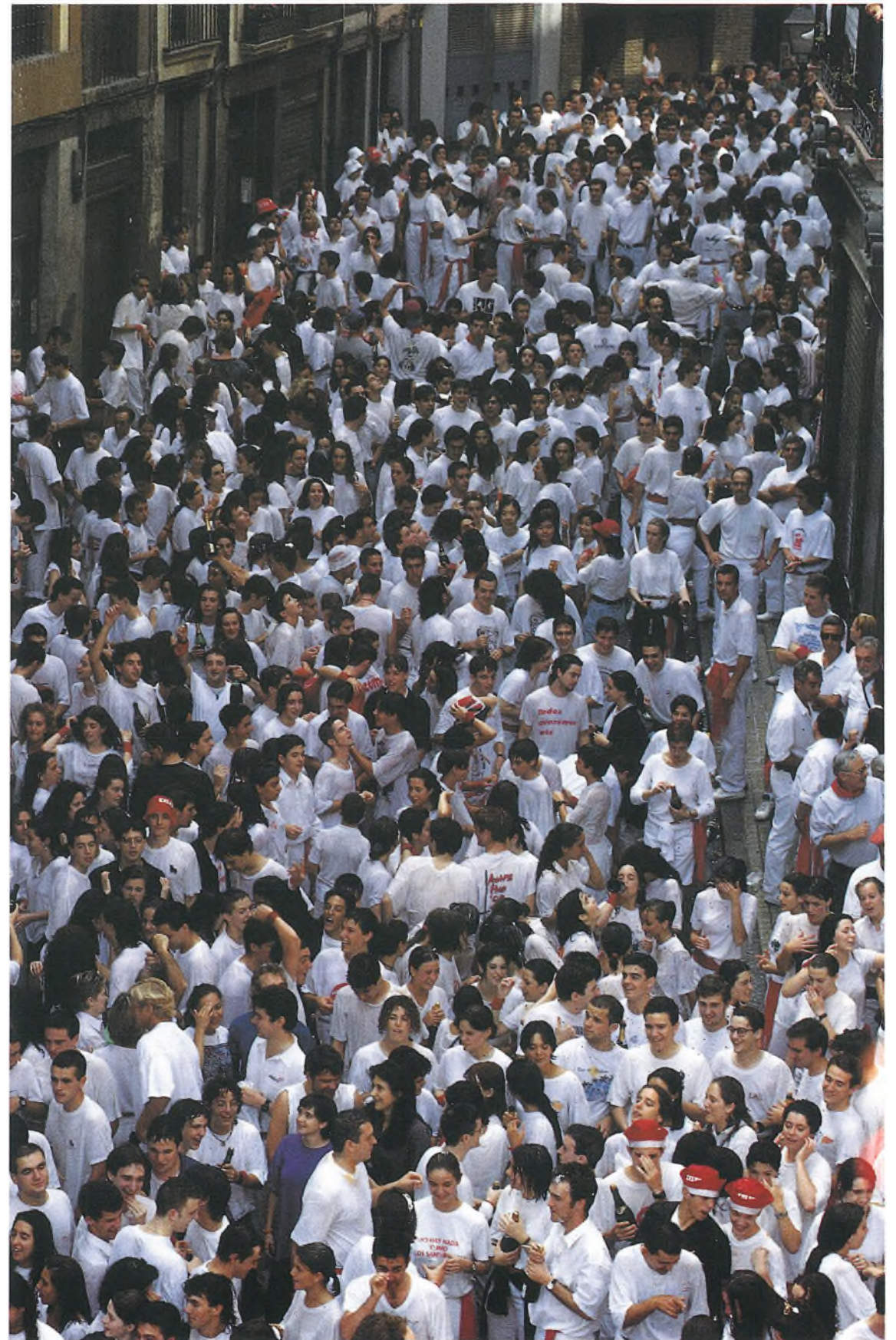
















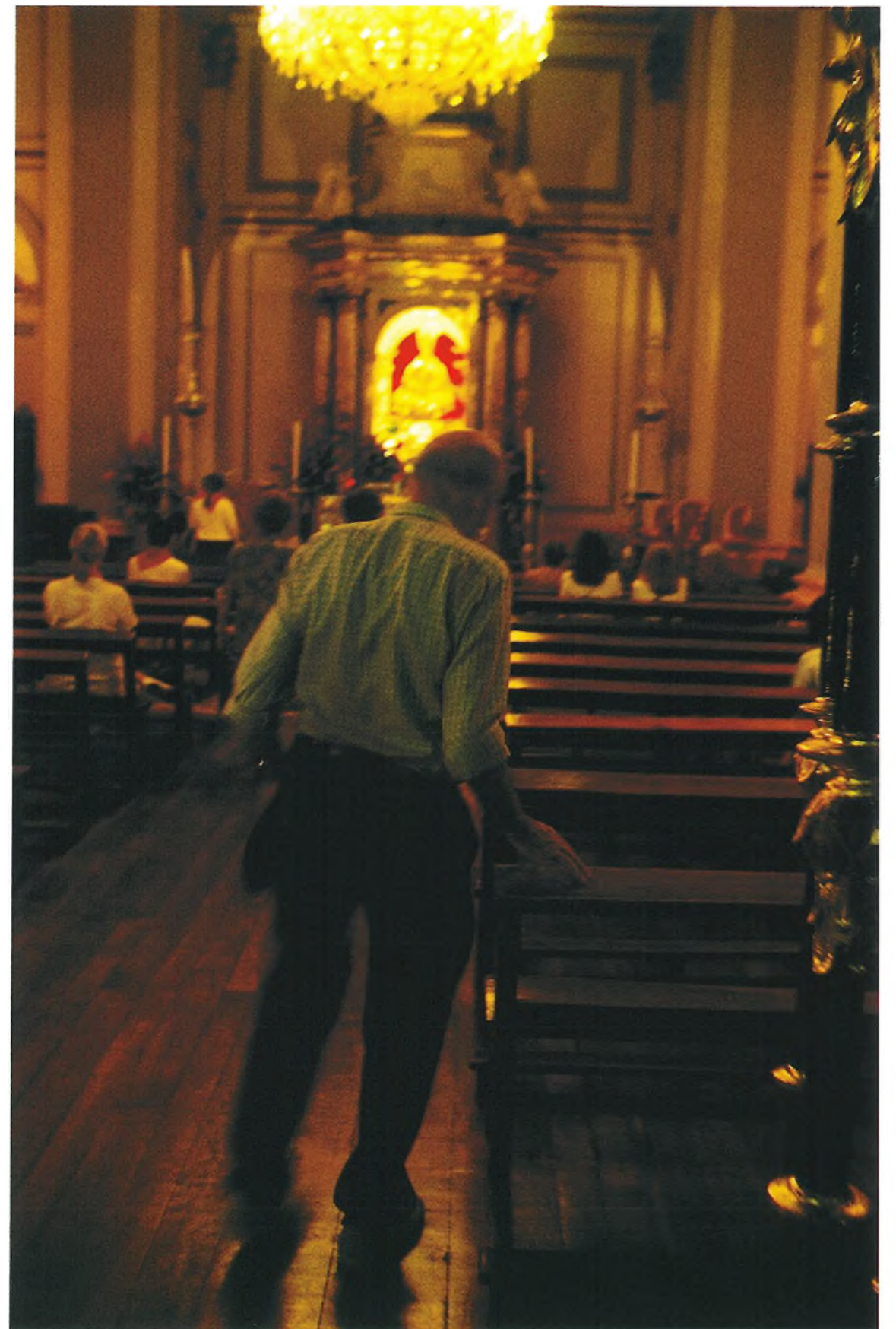
















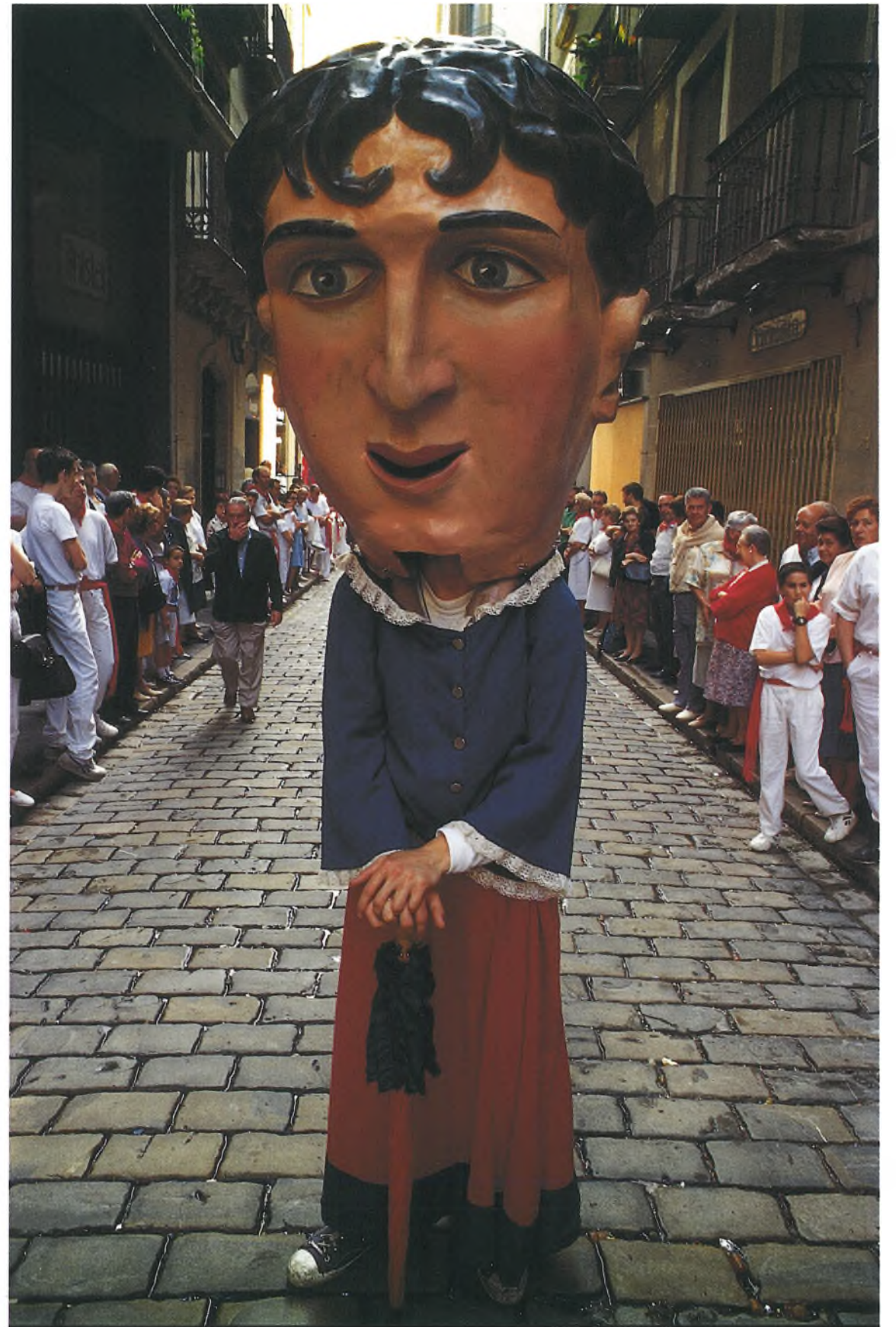










































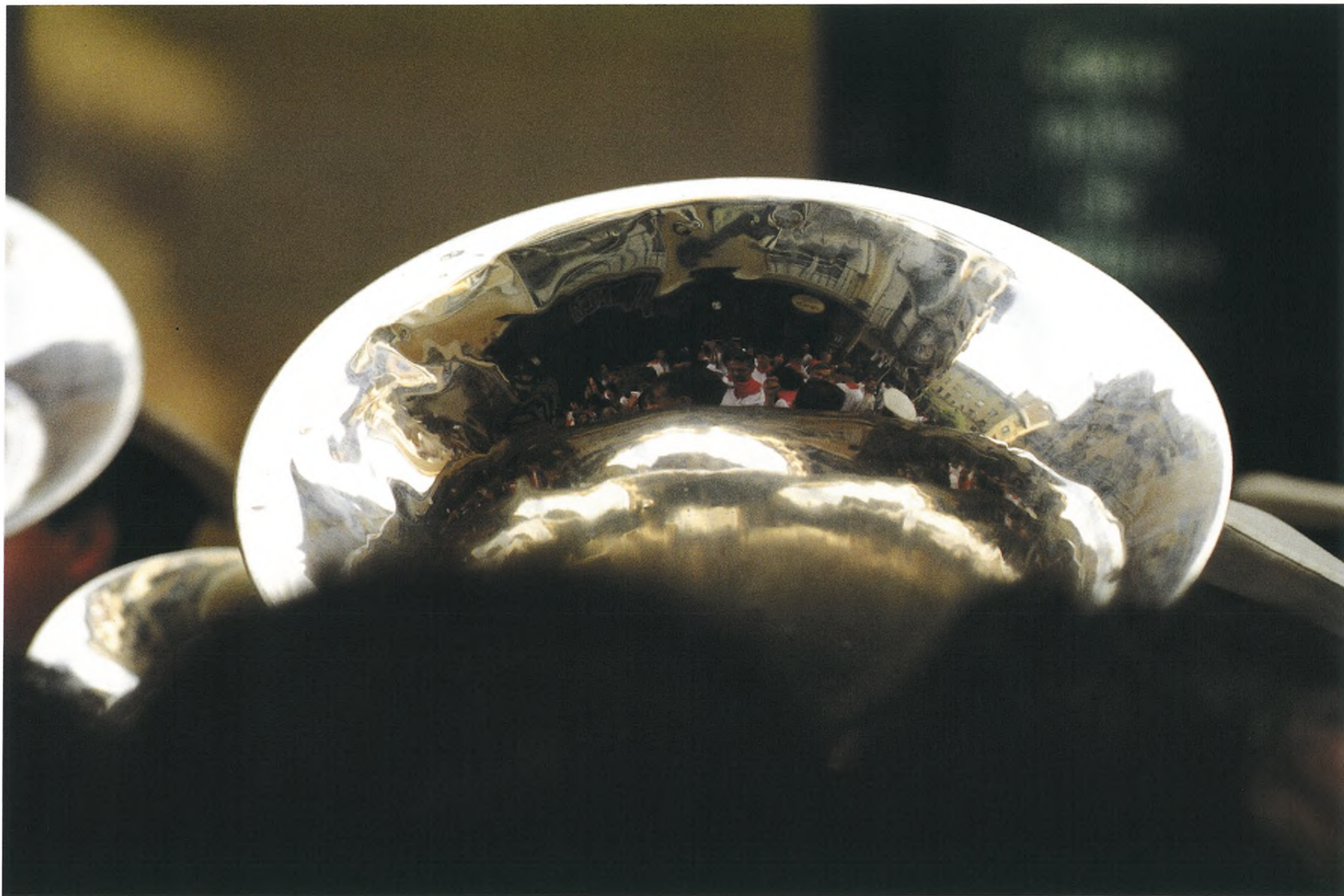










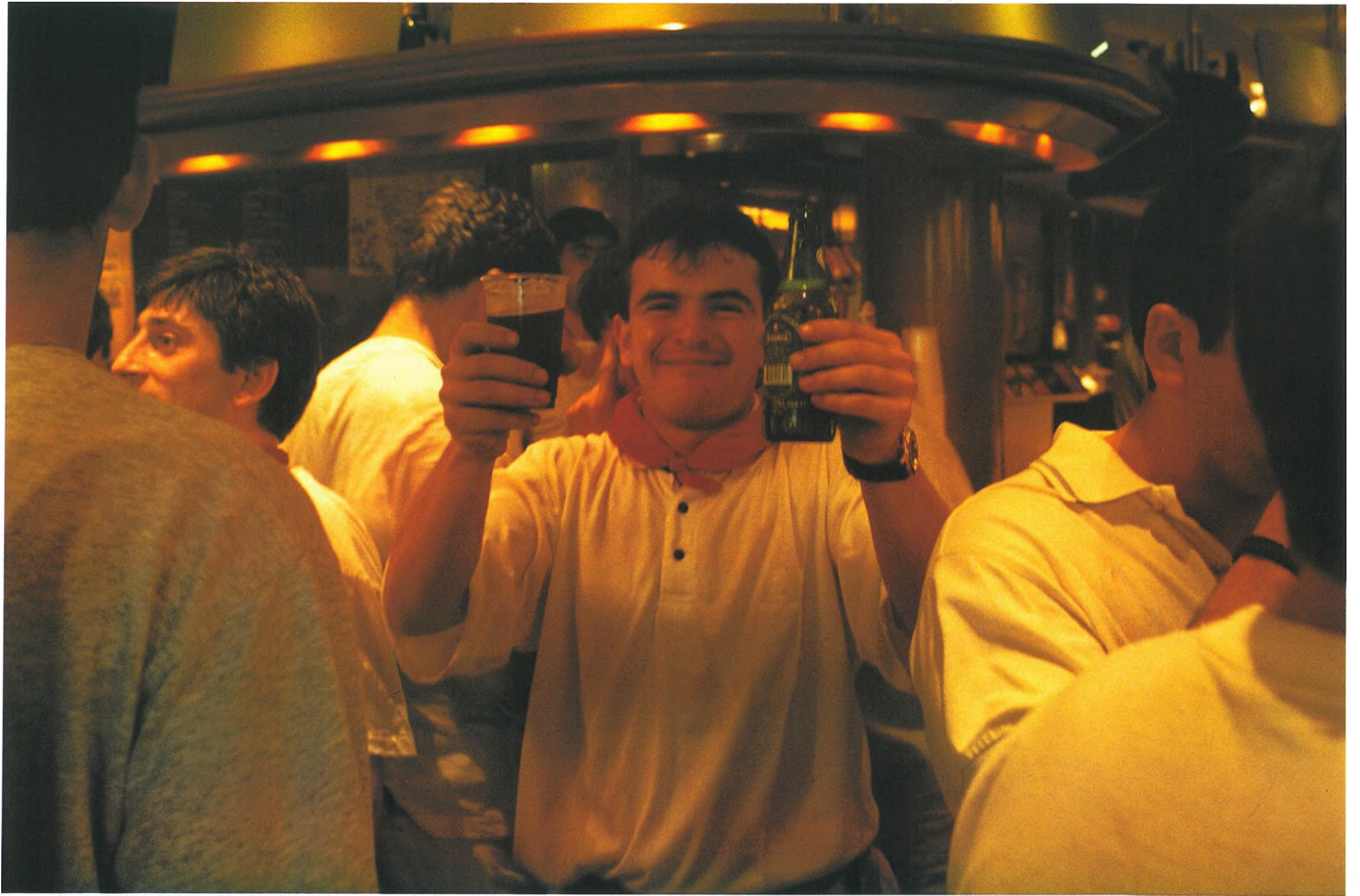
























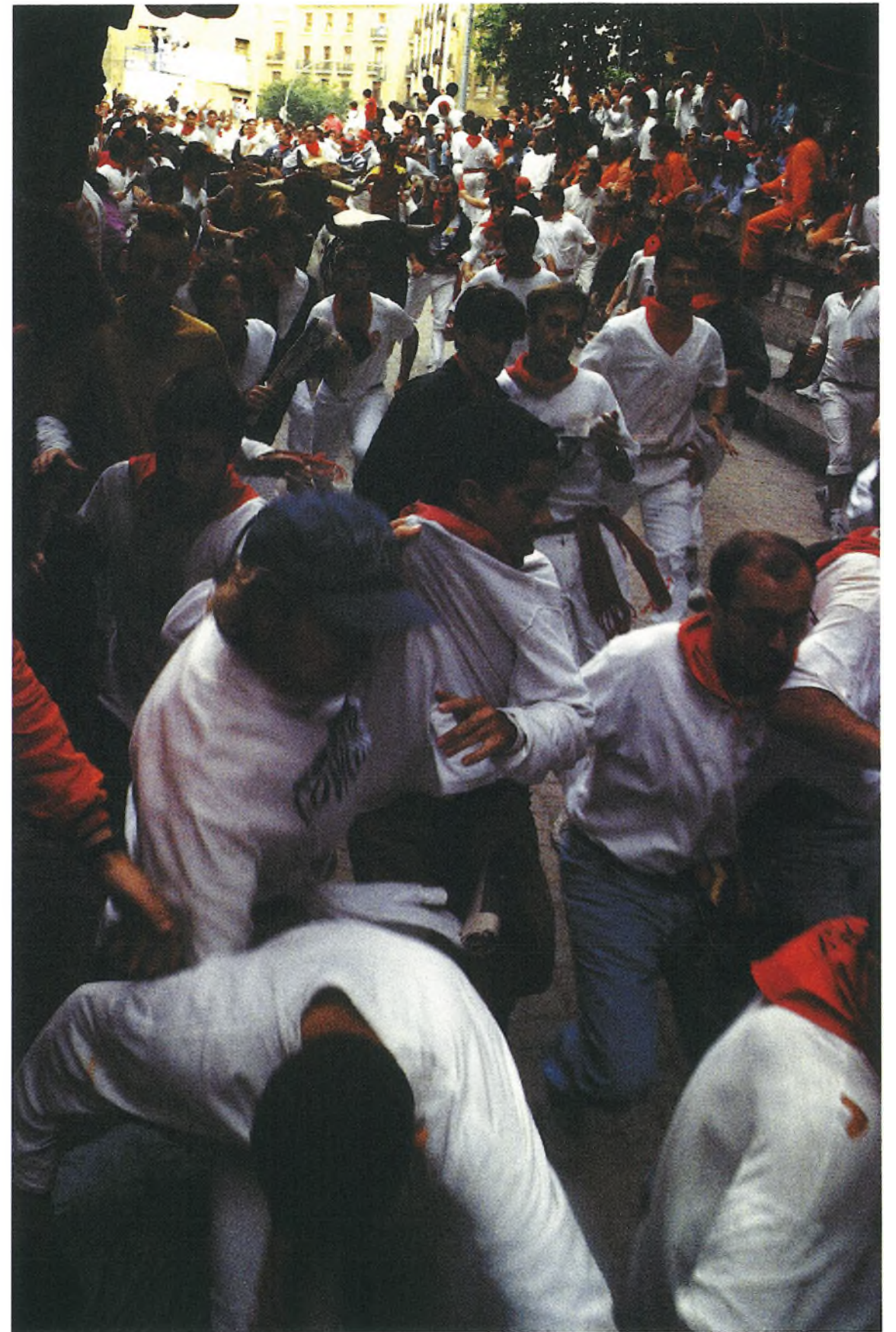


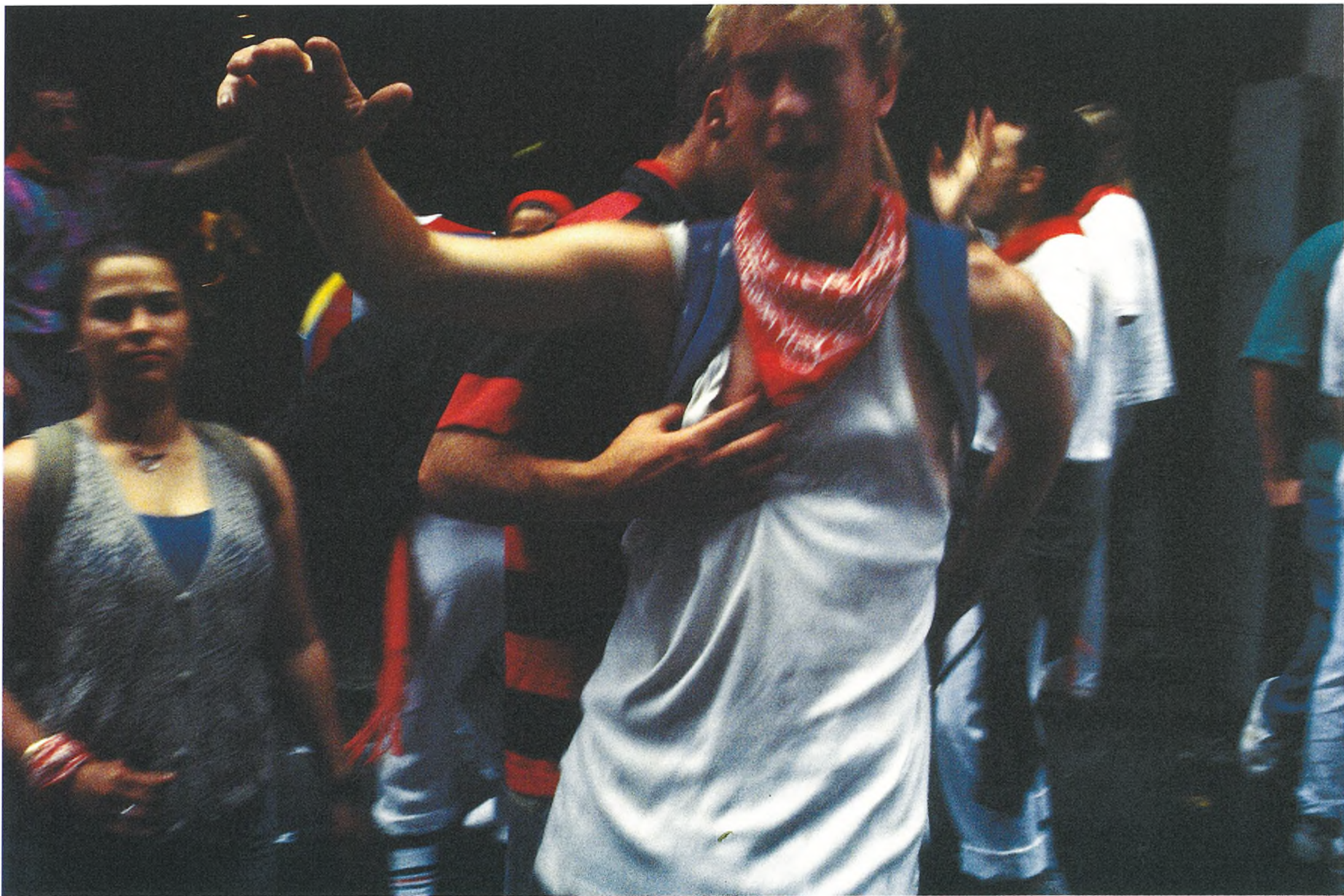


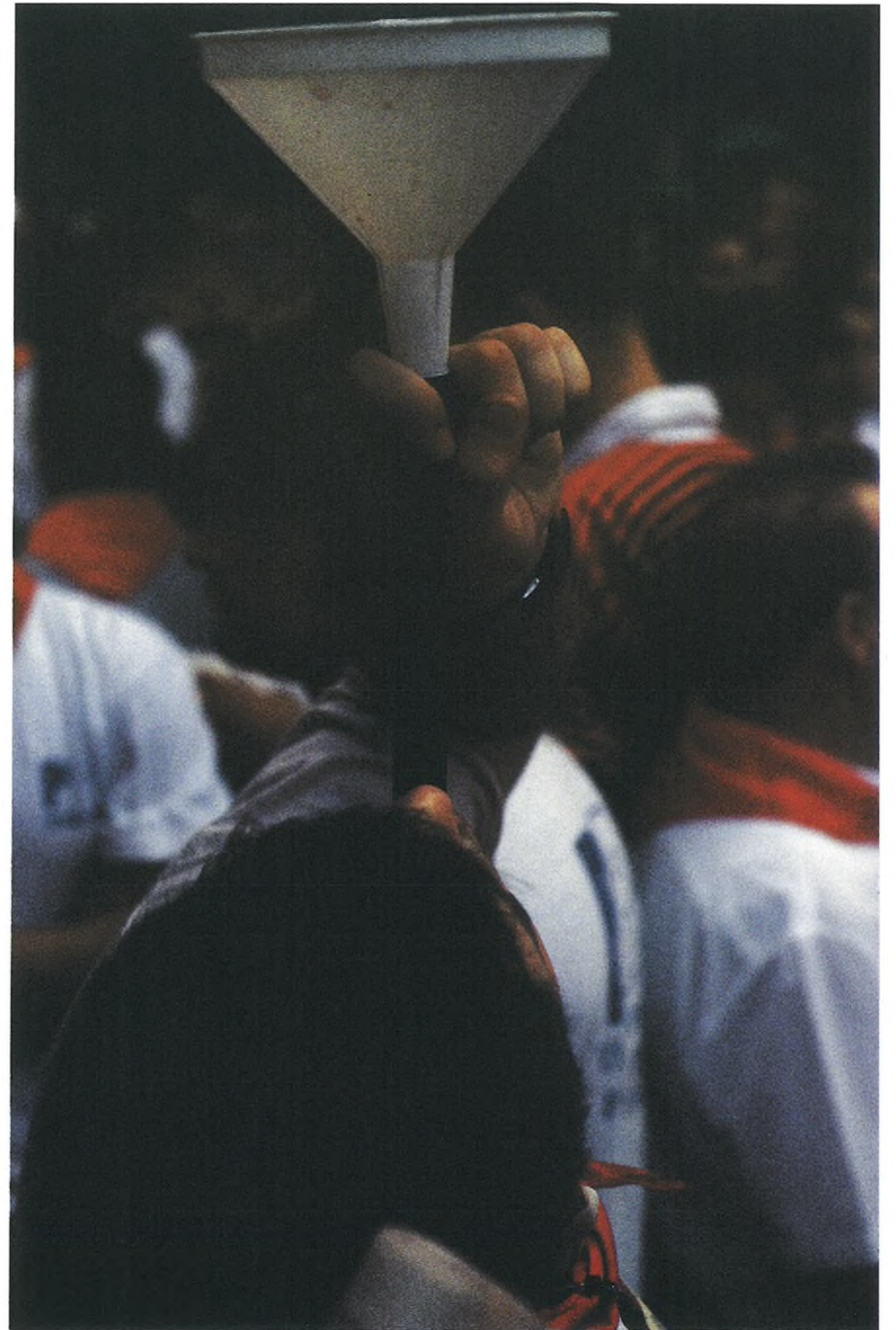








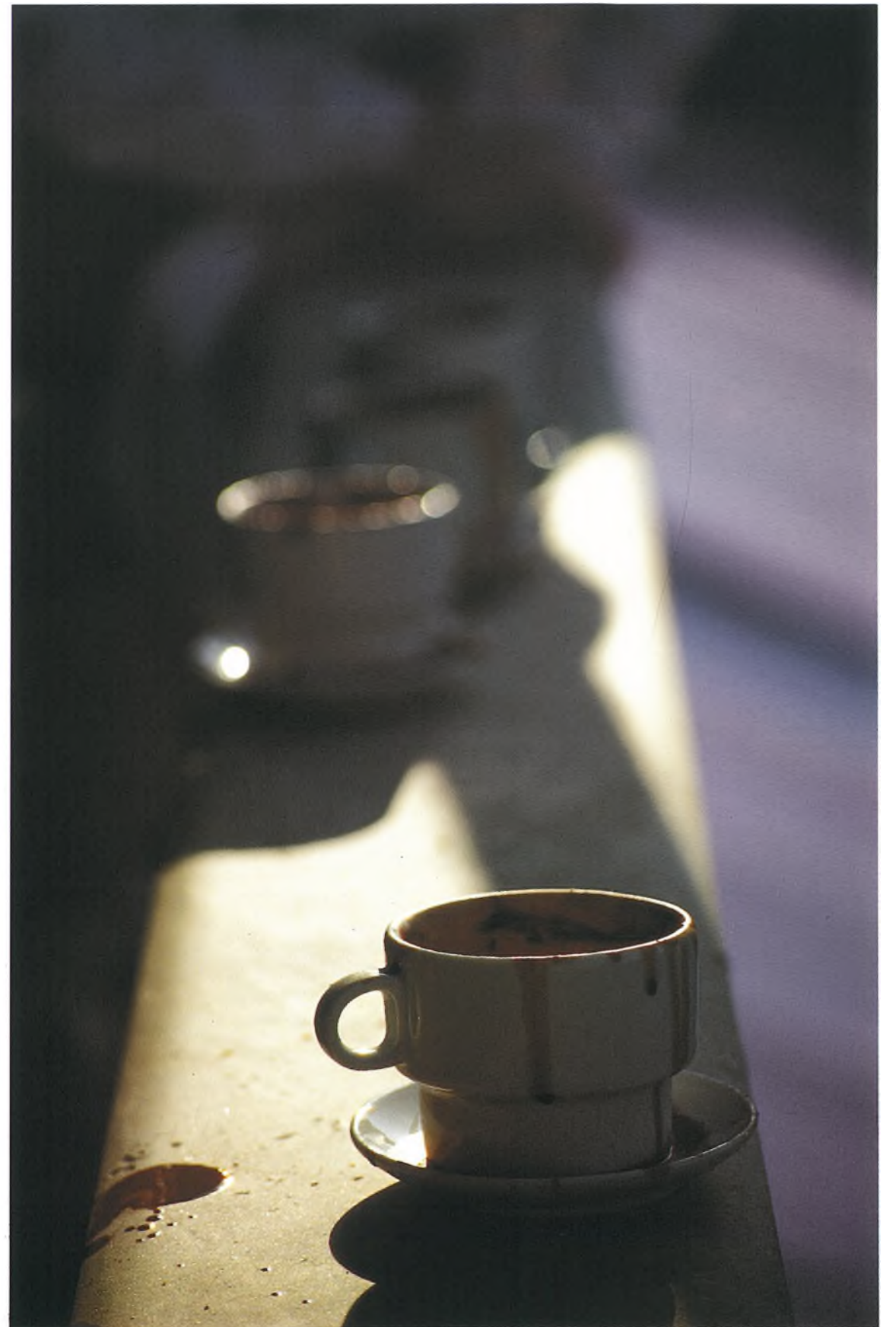


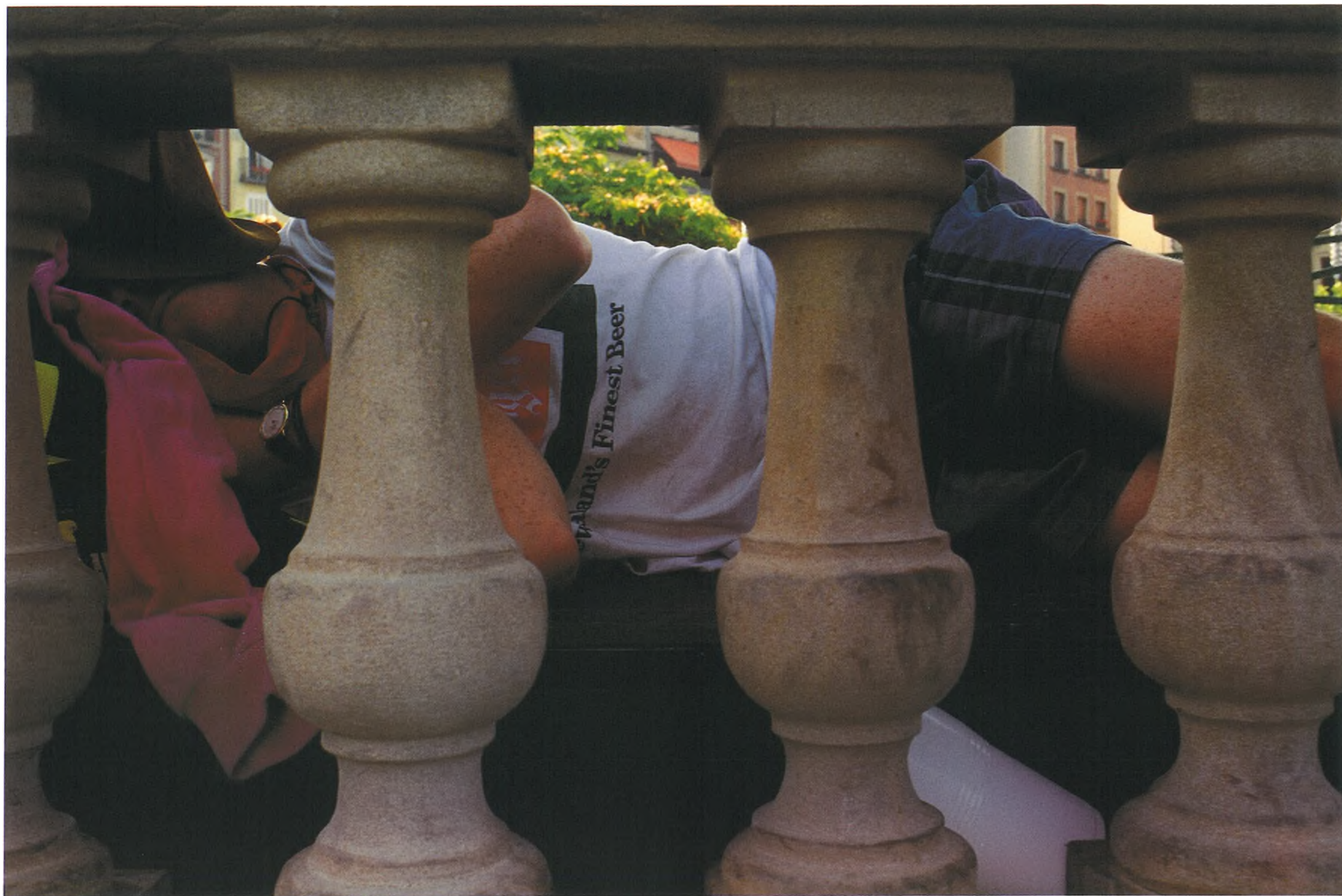






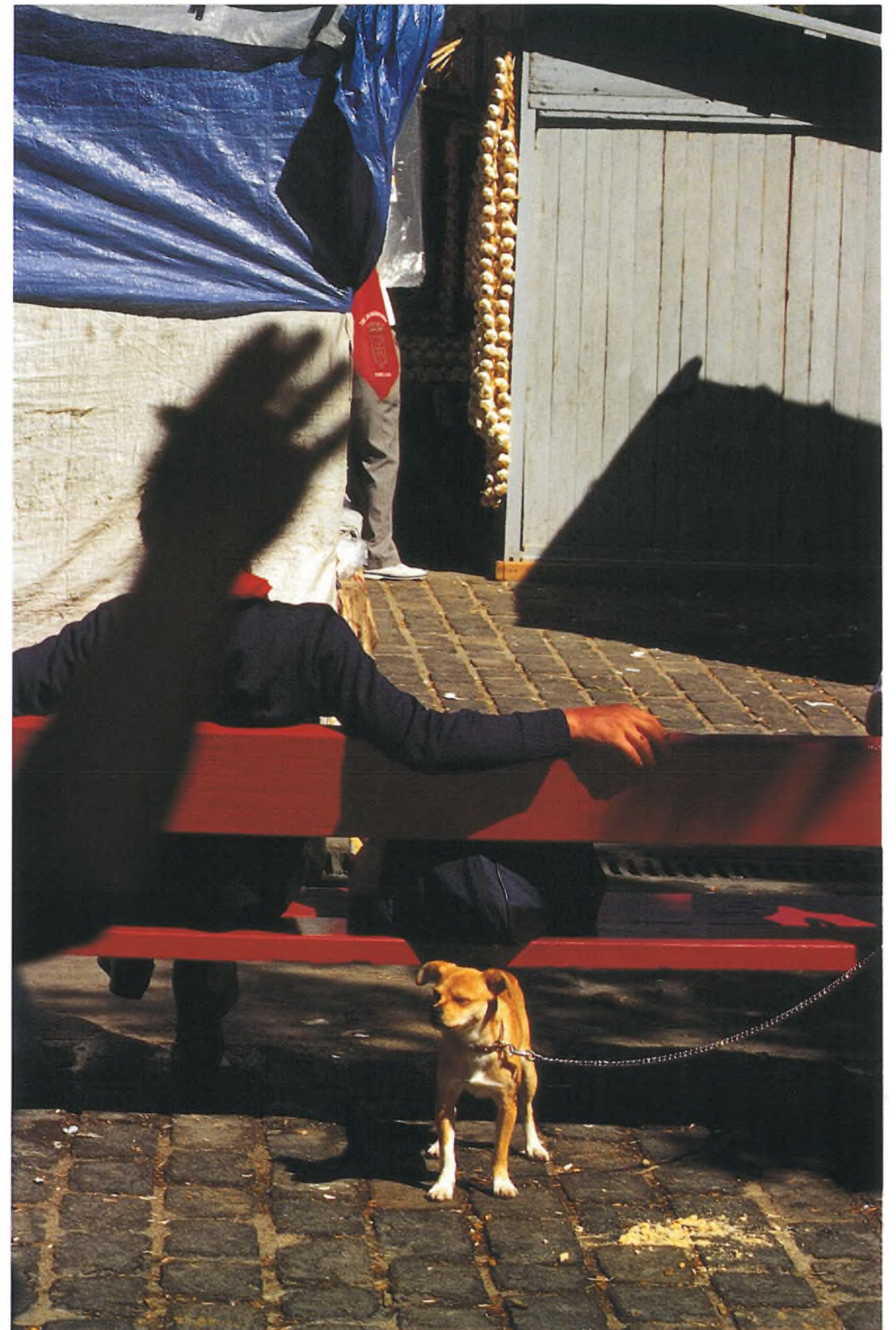




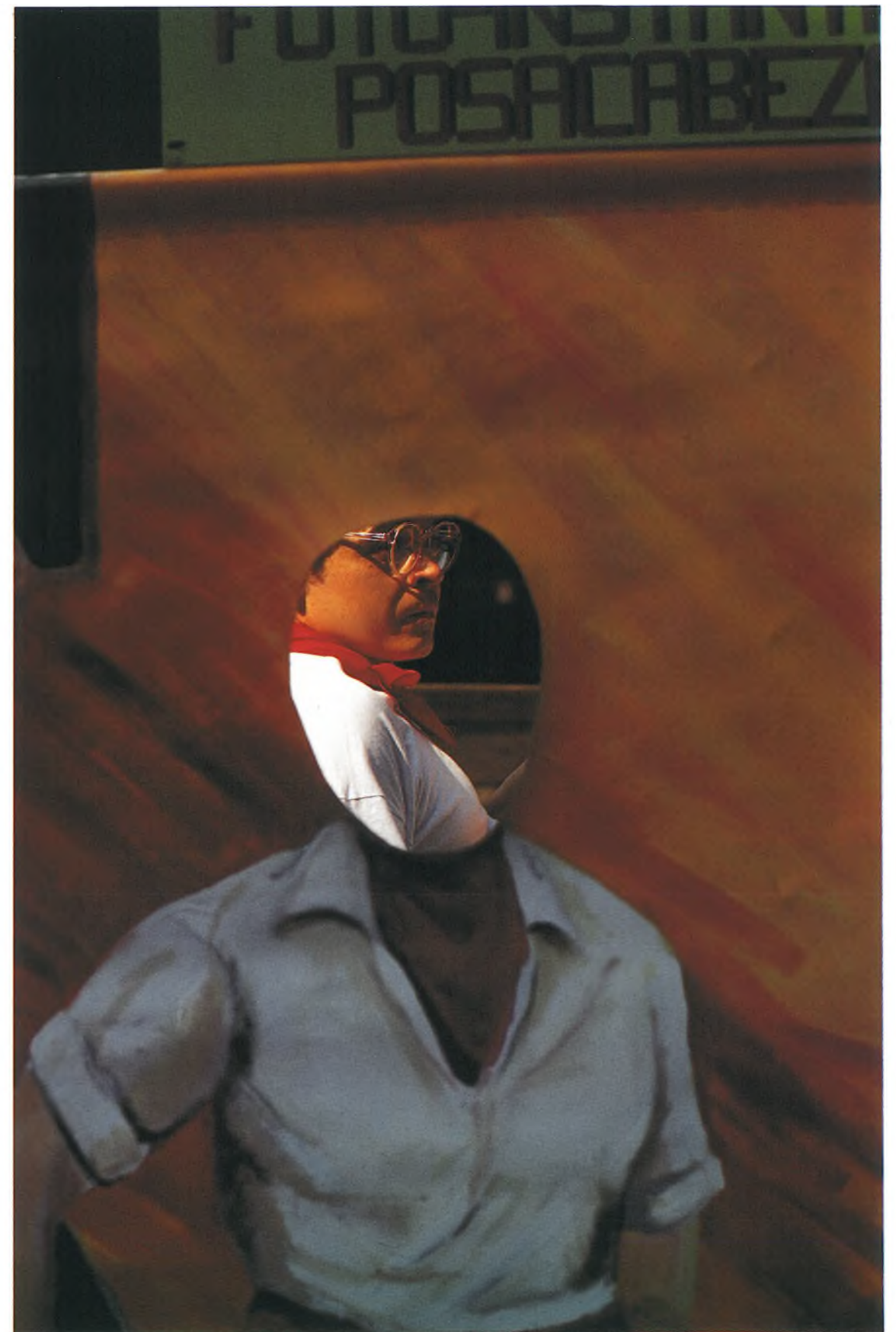




























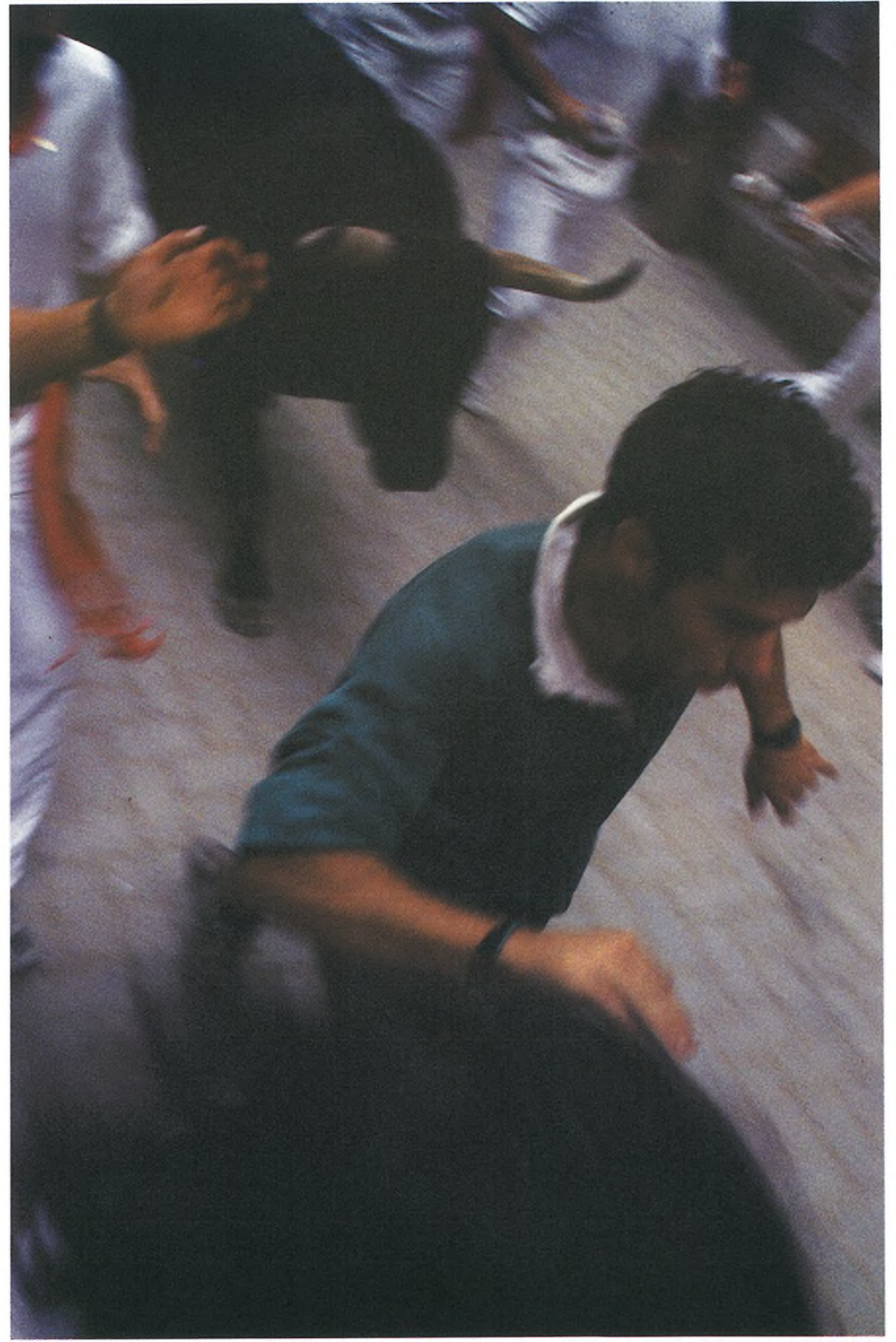




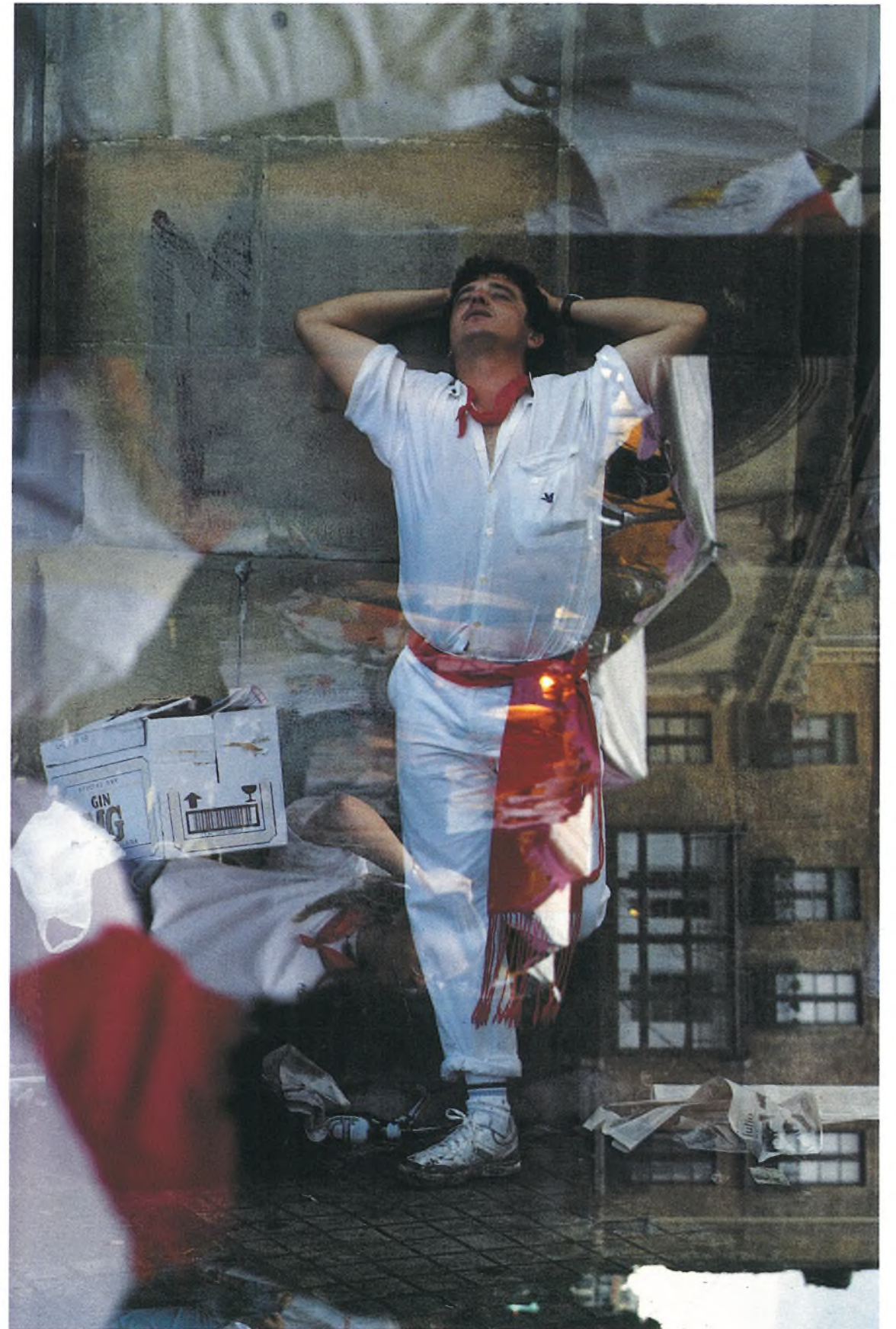






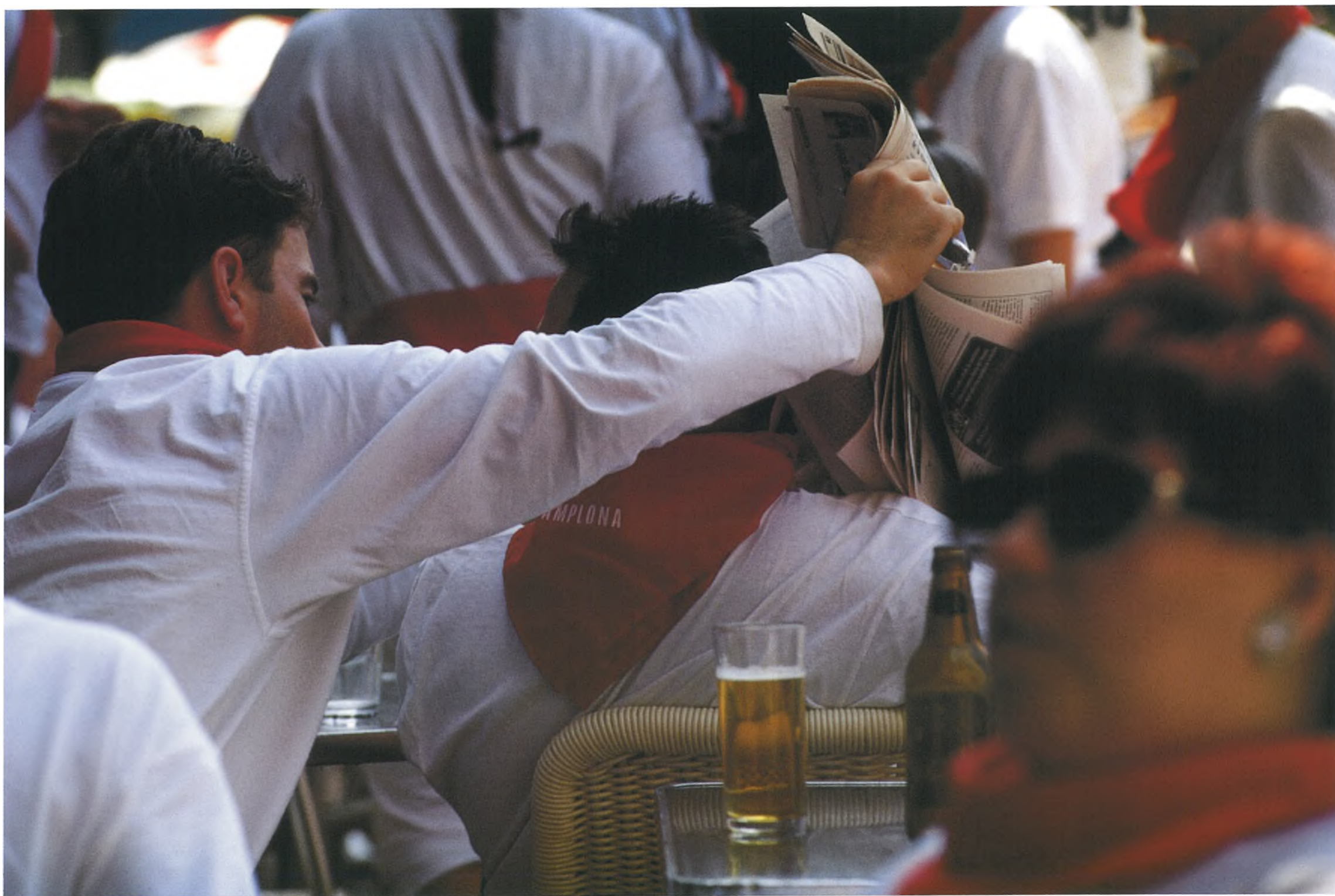












MINES'95 ► AGENDA

de julio

LA CORRIDA DE HOY ► CELESTINO CUADRI



Depaolena. Número 22. Negro zaino. 619 kilos.



Murelo. Número 19. Negro zaino. 600 kilos.



Corredor. Número 16. Negro zaino. 570 kilos.



Desator. Número 44. Negro zaino. 572 kilos.

► SUGERENCIAS
DEL DIA

7.00 a 19.30: Tradicional feria de ganado en la playa de la Magdalena y venta de productos artesanales.

8.00: Primer encierro de toros, desde el corral de Santo Domingo hasta la Plaza de Toros donde se soltarán vaquillas.

9.00: Salida de la Comparsa de Gigantes y Cabezudos de la Estación de Autobuses.



10.00: Procesión de San Fermín según la tradición con la imagen del relicario del santo. Asistirán el Cabildo Catedral, el clero parroquial, los gremios con sus banderas y estandartes y el Ayuntamiento de la ciudad.

18.30: Plaza de Toros. Corrida de Toros.

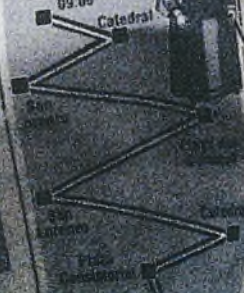
18.30: Frontón de Laórit. Juegos infantiles, mazorkas, gymkhanas, concursos, payasos del grupo "Trokolo", sorteos, lluvia de globos y actuación de la orquesta "Fusión".

22.00: Toro de fuego desde la Plaza de Santiago (detrás del Ayuntamiento) hasta la Estación de Autobuses.

24.00: Plaza del Castillo. Plaza de los Burros y Parque Arrianturi: bailables hasta la madrugada.

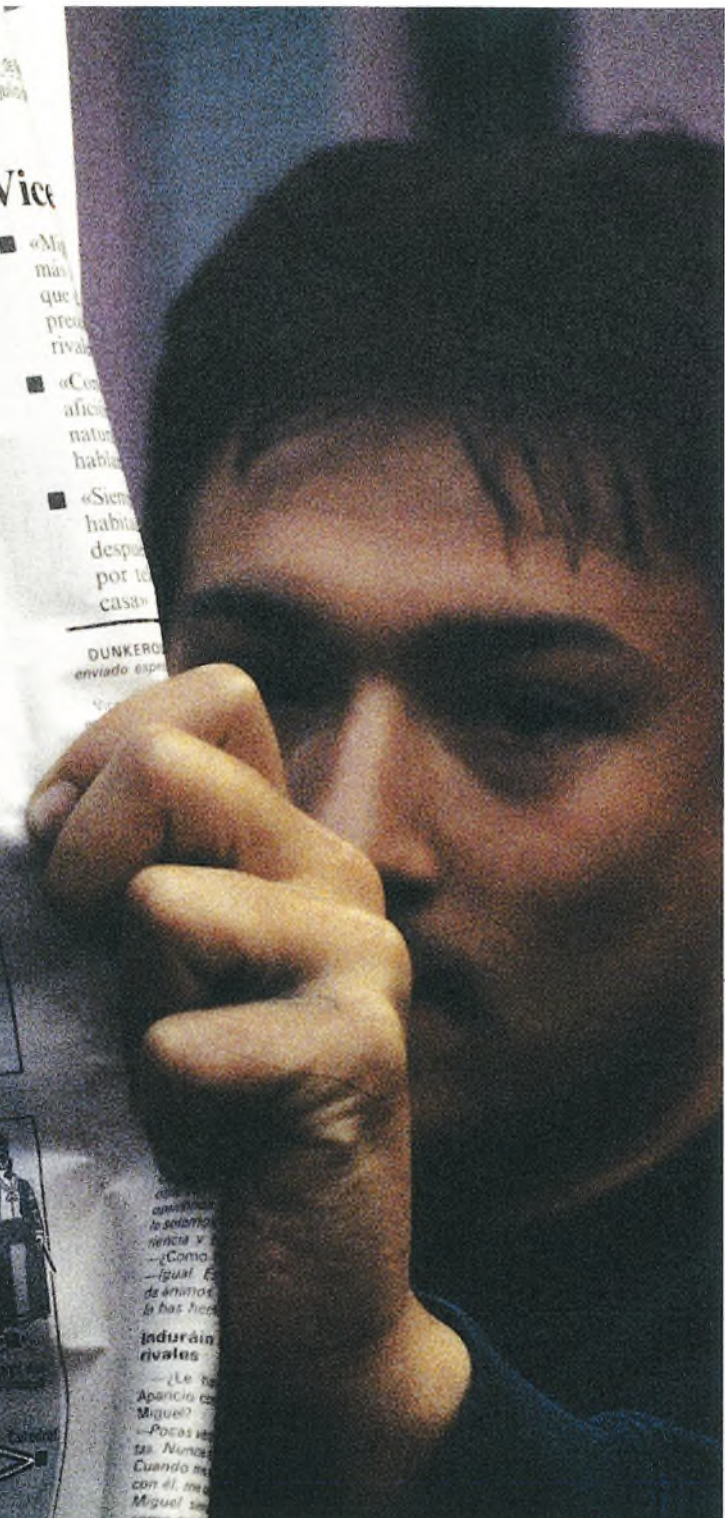
► RECORRIDO
DE LA COMPARSA

Est. Autobuses
09.00

Diario de
7 de julio

Vice

- «Ma...
ma...
que...
pre...
riva...
- «Ce...
afic...
natu...
habia...
- «Siem...
habia...
despu...
por te...
casa»

DUNKER...
enviado espe...



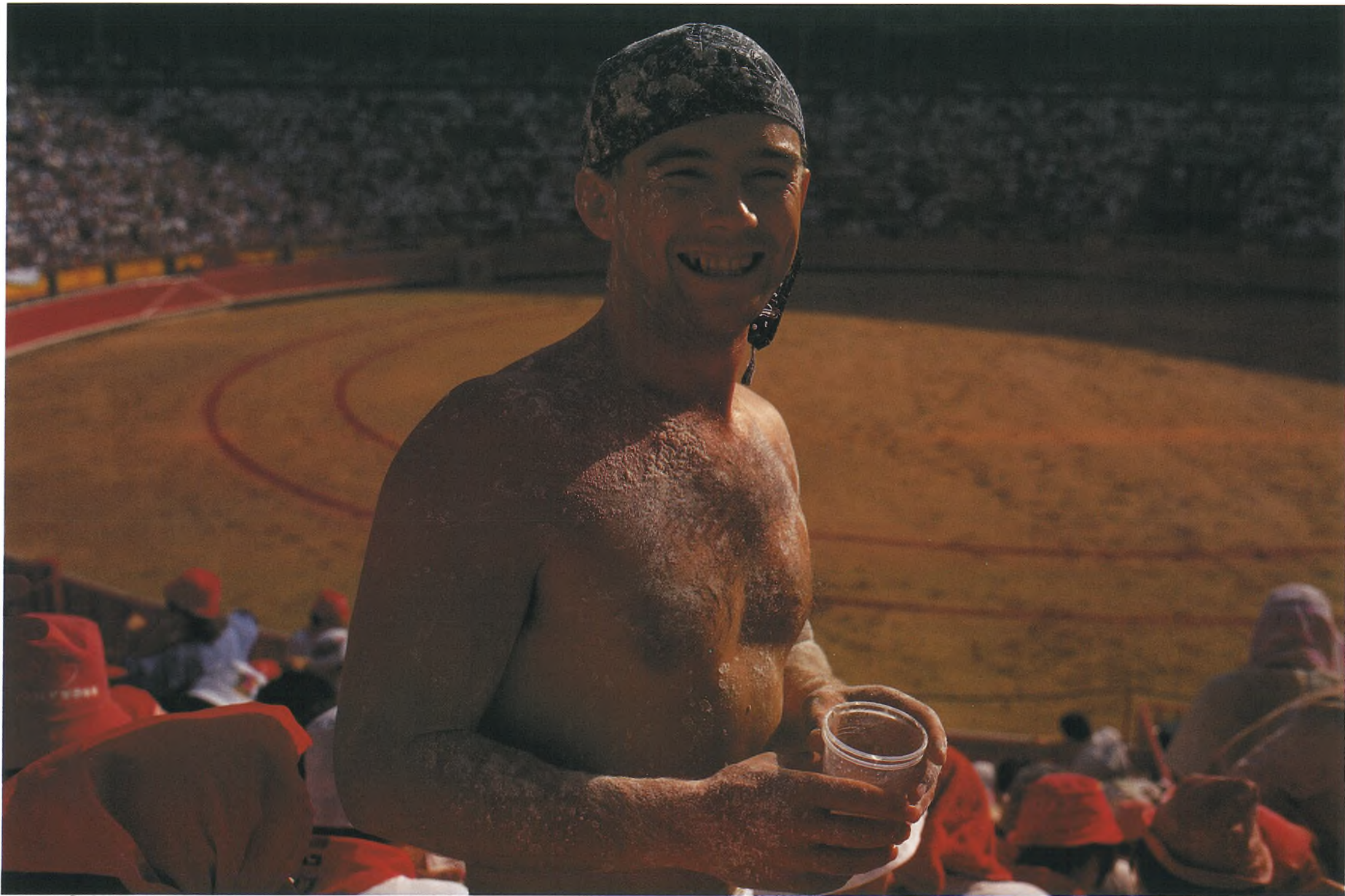






























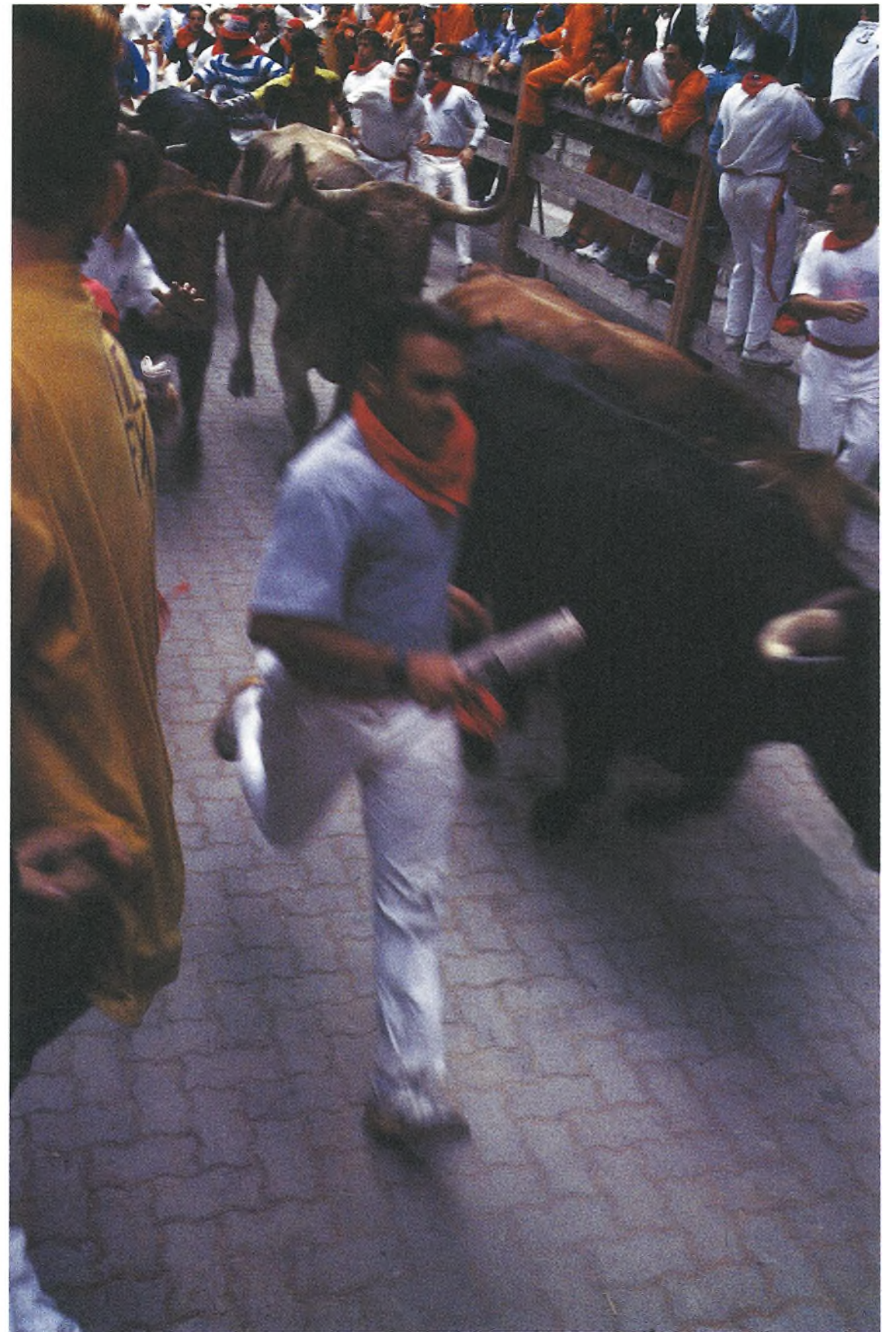














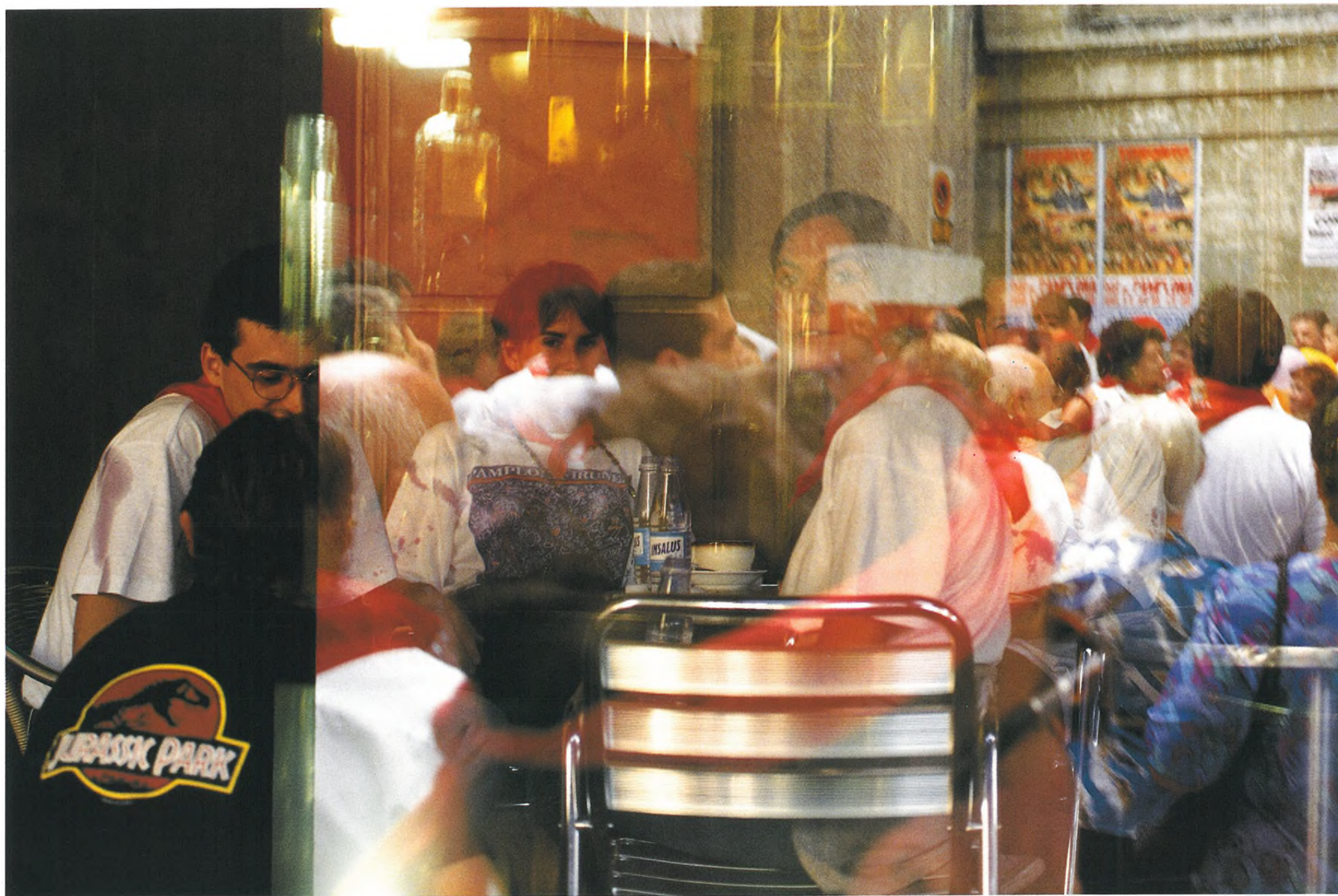
























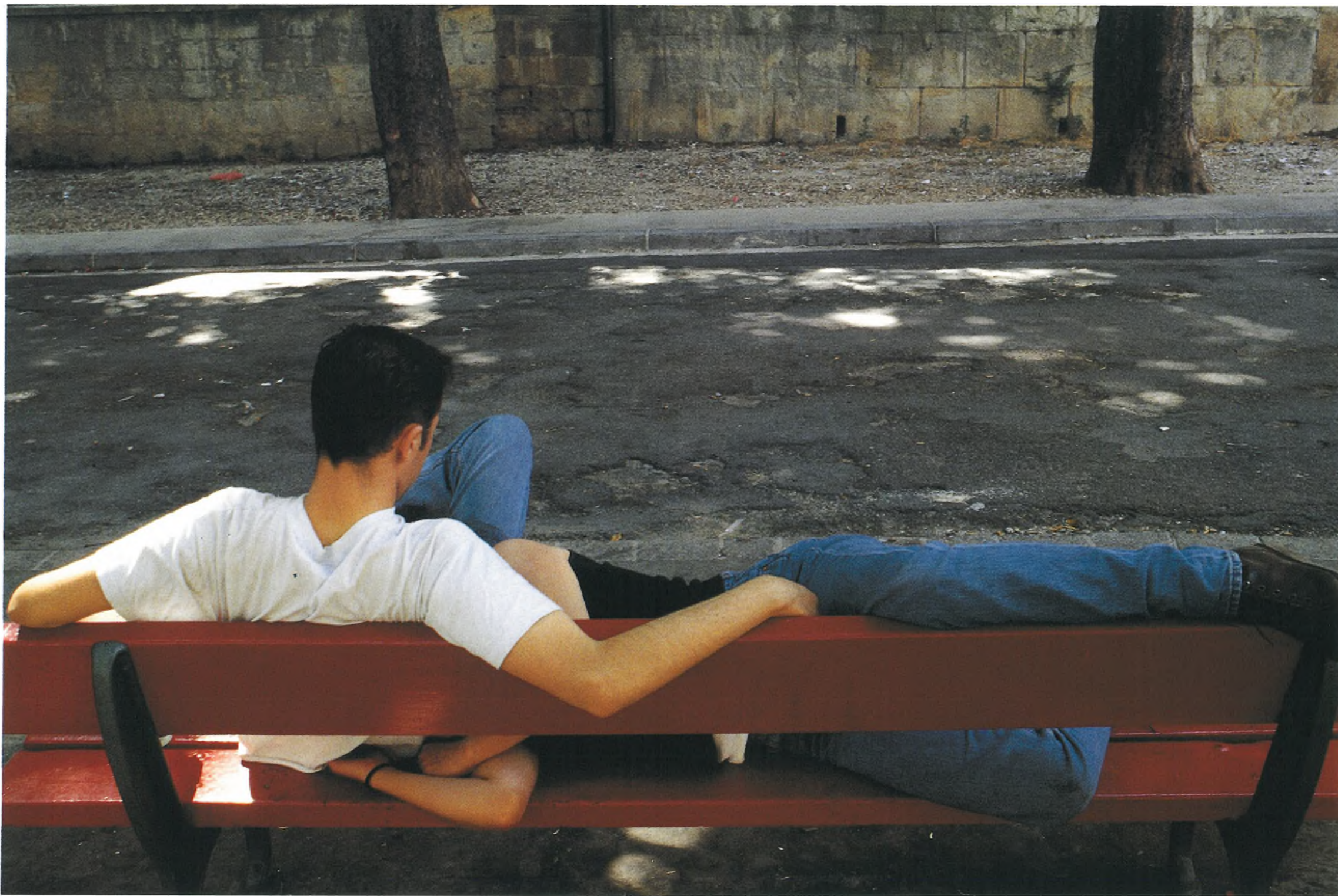






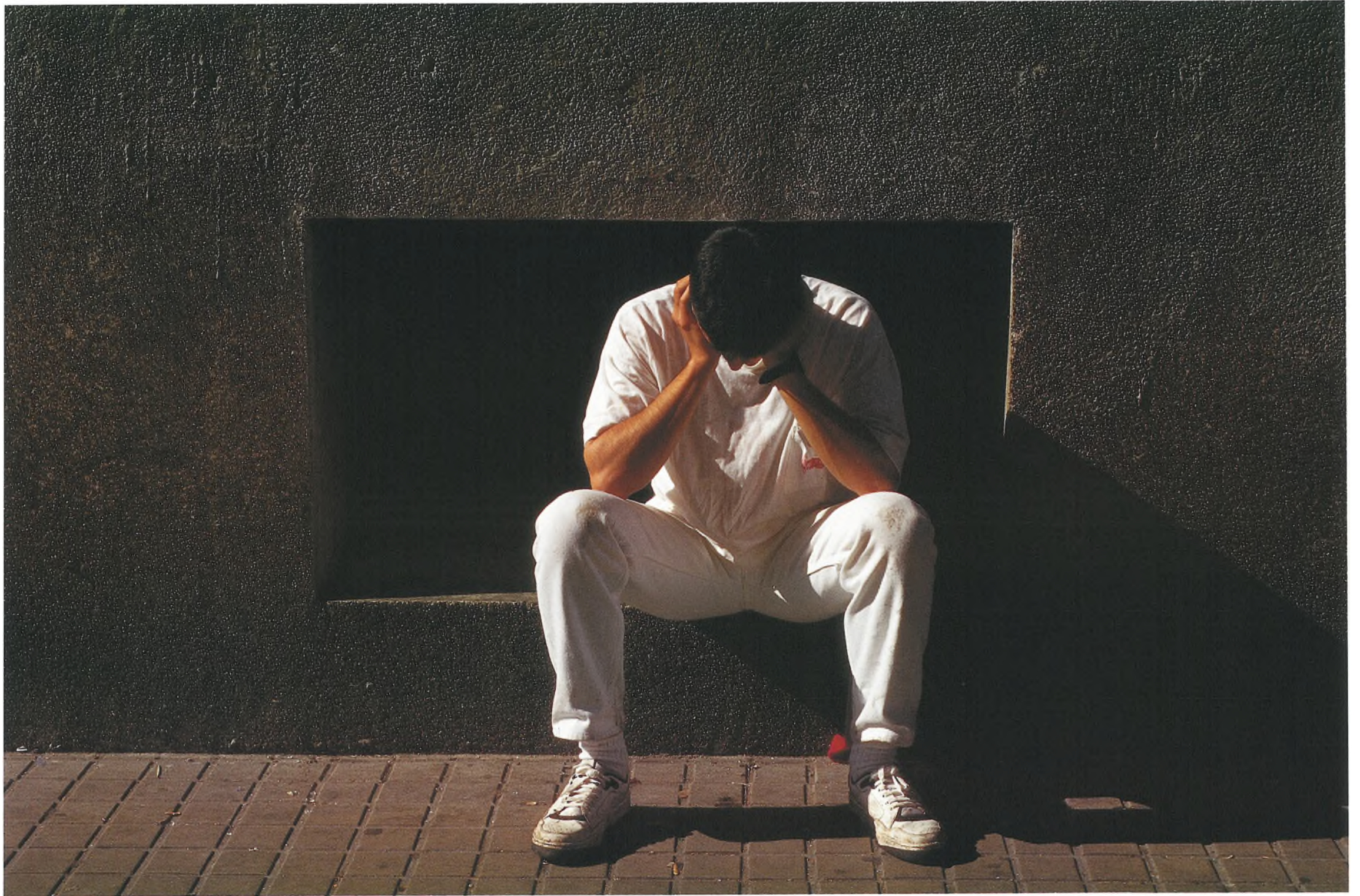


















































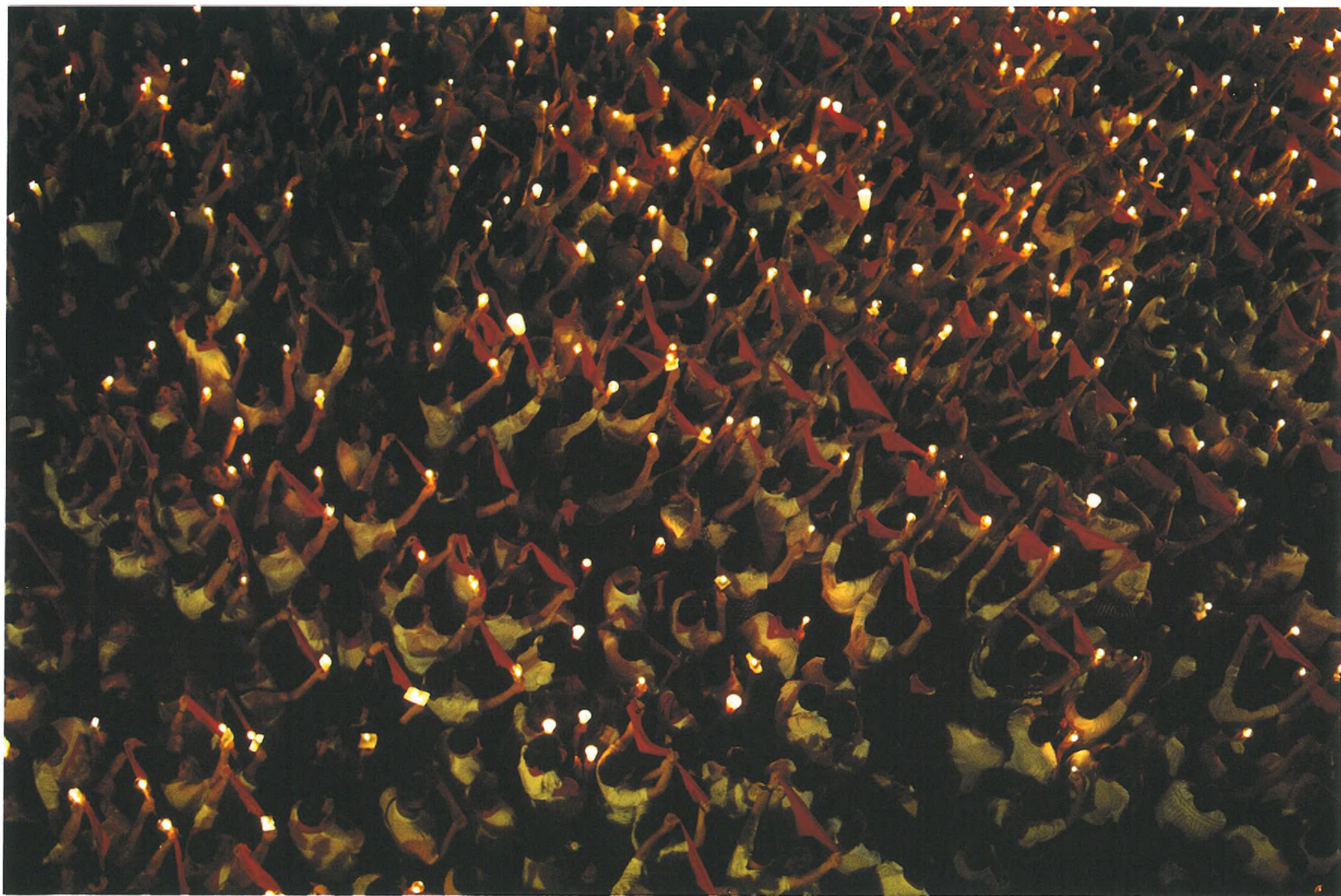














LA FIESTA

salió de las prensas de Gráficas Castuera el 6 de junio de 1996,
día del Corpus Christi y penúltimo peldaño de la escalera
que del 1 de enero nos lleva al 7 de julio, cumbre del
calendario en esta Ciudad. A mayor gloria del
Señor San Fermín y alegría de cuantos,
hijos o no de Pamplona, se sienten
pamplonicas en las Ferias y
Fiestas del iruñense
obispo y mártir.

